



REVISTA EUROPEA.

Núm. 187

23 DE SETIEMBRE DE 1877.

AÑO IV.

LA POESÍA CABALLERESCA

LOS LIBROS DE CABALLERÍAS.

XI.

Los poemas carlovingios, los de la Tabla redonda y los del Santo Graal no son los únicos monumentos que la poesía épica denominada vulgarmente poesía caballeresca presenta en el trascurso de la edad media. Los ciclos de Carlomagno y sus vasallos, los de Arthus y sus paladines y los de Perceval el Galles, tipos distintivos y característicos hasta los días de Chrestien de Troyes, señalan el florecimiento de la épica francesa; pero este florecimiento, como todas las grandezas, va seguido de una decadencia cuyos pasos y trances son en extremo curiosos en la historia literaria de la edad media, y engendran formas artísticas dignas de estudio. Al comenzar el siglo XIII, ni en palacios, castillos ni plazas se escuchaban otros cantares en la Europa central, ni se prestaba atención á otras hazañas que á los poemas de la Tabla redonda y á las hazañas de Arthus, Lanzarote, Tristan, Isaias el Triste, Eric, Perceval, etc., etc. Las extensas narraciones épicas de Carlomagno y de Rolando habían envejecido, y sus heroicos sentimientos y su rudo batallar no encontraban eco. Este predominio de la poesía caballeresca oscureciendo por completo á la heroica y patriótica, inspiró á los troveros apegados á la tradición, el consejo de remozar las historias carlovingias, aderezándolas al gusto caballeresco; y los poetas del siglo XIII fueron tan léjos en el empeño, que la metamorfosis se consumó muy luego, y los compañeros de Carlomagno se confundieron con los paladines de la Tabla redonda. M. Gautier señala como días de corrupción y de decadencia en la historia de la épica carlovingia la aparición de esos poemas híbridos, fruto del matrimonio de una y otra literatura, cuyos tipos, en mi sentir, son muy varios, y se reflejan en *Gautier d'Aupais*, *Brun de la Montagne* y otros muchos. Este período de confusión, que se extiende desde los últimos años del siglo XII hasta los primeros decenios del XIII (1185-1235); nos ofrece las más

* Véanse los números 161, 162, 163, 164, 165, 168 y 183; páginas 353, 385, 422, 449, 481, 590 y 258.

variadas combinaciones de los tipos heroicos carlovingios, con las formas y maneras de la poesía caballeresca; de las formas tradicionales del poema heroico, con las que caracterizan al poema de aventuras; la fiereza de los barones rebeldes y en guerra con Carlomagno, con el propósito alegórico y devoto que se originaba del Santo Graal; la brusquedad y la furia franco-germana, con los refinamientos afectados y galantes de la caballería erótica de la Provenza.

Con razón culpa M. Gautier á la poesía caballeresca de haber precipitado la corrupción y decadencia de la poesía heroica de las gestas carlovingias, y señala como muestra de perspicacia el que la Iglesia patrocinara en esta lucha, si bien con escasa fortuna, á la poesía heroica, con su sencilla piedad y su robusta fe en lo sobrenatural. Pero las corrientes del gusto público arrastraron á juglares y troveros, y los poemas híbridos son el fruto del tiempo.

Es de lamentar, con M. Gautier, y todos los escritores de su escuela, el cuadro que presenta la poesía épica en la primera mitad del siglo XIII. Reemplaza á la antigua inspiración heroica el afán retórico de sorprender y asombrar al lector con casos maravillosos é inauditos, con tramas y misterios, sortilegios y encantamientos. El amor sensual y la galantería de la caballería *terrestre* campean en vez de la austeridad severísima de los héroes carlovingios. La pasión dirige á las heroínas como inflama á los caballeros, y la traición, la deslealtad y todo género de malas pasiones quedan disculpadas con un afortunado bote de lanza ó con un rasgo de temeraria audacia.

Los gérmenes de idealidad é inspiración cristiana que pudieran descubrirse en los orígenes de la poesía bretona ó en los empeños heroicos de los carlovingios, desaparecen, y el poeta no aspira á más que á entretener con incidentes multiplicados tomados de antiguos poemas y tradiciones, y á deleitar acariciando los impulsos sensuales de la juventud. Si en los primeros poemas caballerescos no hemos encontrado la hermosa idealidad que va unida al dictado de poesía caballeresca, en las obras de esta segunda edad, verdadero período de decadencia, ni se vislumbran los caracteres que la opinión general atribuye al genio caballeresco.

El hecho es importantísimo y principal para nuestra tesis. Sean las que fueren (ya quedan quilatadas)

las hermosuras y grandezas de la llamada poesía caballeresca en el siglo XII y en la primera mitad del siguiente, es un hecho que murió esta inspiración en el seno mismo del siglo XIII, bajo el peso de los poemas híbridos, artificiosos y retóricos que tan elocuentemente anatematiza M. Gautier, y cuyos extravíos morales y artísticos provocaron ya la vis satírica de los poetas del tiempo.

Pero la serie descendente, ó la historia de las decadencias, tiene términos naturales. La carencia de la concepción estética engendra necesariamente la pérdida y el olvido de la representación artística. Vacía de contenido, la creación artística desapareció. La poesía, la rima, el verso, lo rítmico y la ordenación propia del poema, desaparecieron tan pronto como faltó la creación del poeta, y las antiguas gestas y los antiguos poemas, así carlovingios como bretones, quedaron como cosa ininteligible y oscura, enojosa y molesta para las muchedumbres. La transformación se consumó, y la brillante concepción heroica de los gestas y la seductora de los poemas bretones, no dejó á los *narradores* que, rompiendo la antigua forma, *tradujeron* los poemas, escribiéndolos en prosa, á manera de cuentos ó libros históricos, y en forma de narraciones prosaicas corren por Europa desde la segunda mitad del siglo XIII.

Elocuentísimas son las páginas en que M. Gautier deplora esta profanación, y no hay epíteto en la lengua francesa á que no acuda para inculpar y zaherir á los torpes prosistas que, al compendiar ó parafrasear las antiguas gestas y poemas, les robaron su inspiración propia y general, su robusta fe, su grandiosidad sencilla y sublime, intercalando sentimientos afectados, prolijidades retóricas y adornos venidos de fuentes é influencias muy diversas de las primitivas y originales que arrastraron á los juglares y á los troveros. Todo ello es cierto; pero la transformación sucesiva de los géneros literarios es una ley literaria que encadena los unos á los otros y que refleja en el arte las mudanzas y cambios de la vida. Si causaban ya enojo y hastiaban á nobles y villanos las antiguas canciones de gesta y hasta los poemas caballerescos de Chretien de Troyes, como declara y demuestra el mismo M. Gautier con citas fehacientes, la veleidad del gusto acusa con toda claridad una discordancia entre el arte y la vida, y revela que las antiguas creaciones no satisfacían las ansiedades y aspiraciones del siglo XIII.

El cambio y mudanza de la forma poética á la prosaica, y la sustitución del poema por una narración novelesca, no es un mero accidente en la historia de la inspiración caballeresca. Decae el elemento espontáneo y crece el reflexivo. Muere el entusiasmo y la exaltación, y el prosista, llevado

por un gusto retórico y afectado, intercala, amplía y comenta los antiguos textos, recogiendo cuanto la erudición greco-latina y el saber de la época guardaba como cosa peregrina y deleitosa. En prosa y á manera de crónicas las unas, con formas más novelescas las otras, se continuaron redactando los poemas Carlovingios y los de la Tabla redonda, durante la primera mitad del siglo XIII, ateniéndose algunos al texto poético, que seguían servilmente, procediendo los más con mayor libertad, y dando entrada á todos los elementos artísticos conocidos entónces.

Este período literario, importantísimo para el estudio de la prosa en las lenguas romanas, presenta una singular confusión entre la crónica, la gesta heroica y la forma novelesca narrativa; pero en vano los críticos buscarán la aparición ni el anuncio de nuevos elementos. Las narraciones caballerescas servirán de antecedentes preciosos al desenvolvimiento del cuento y de la fábula novelesca en las literaturas occidentales; pero, último término del desenvolvimiento y desarrollo de un género artístico, carecen de vida y de originalidad.

Las redacciones en prosa de los antiguos poemas significan el último momento y la última forma de la creación caballeresca en la Europa central; y contribuyen no poco á precipitar su decadencia el desarrollo de las crónicas en el siglo XII y de las historias en lenguas romanas en el siguiente; la confusión natural entre la crónica crédula y heroica y el poema milagroso que alababa á un héroe semi-divino; el deseo común en el cronista y en el poeta de ennoblecer y agrandar nombres y cosas de la madre patria, y sobre todo de la religión, y el ejemplo dado por los cronistas bizantinos conocidos por nuestros cruzados.

En los archivos y bibliotecas se encuentran, no sólo las treinta narraciones en prosa que cita M. Gautier, y que responden punto á punto á las narraciones poéticas de *Agolant*, *Aimon de Narbonne*, *Aliscamps*, *Amis et Amies*, *Berte aux grans pies*, *la Reine Sibille*, *Renaud de Montauban*, etc., cuyos reflejos se encuentran en los contados manuscritos españoles del siglo con títulos análogos, que no son más que traducciones de las narraciones francesas. Del mismo origen son las narraciones interpoladas en las obras históricas de los siglos XIII y XIV, y ecos perdidos y vagas reminiscencias de las mismas narraciones son los pocos romances caballerescos que aparecen á mediados del siglo XIV.

M. Gauthier cree descubrir en el libro provenzal intitulado *Philomena* el tipo de las híbridas producciones de esta época; pero en mi sentir, como resumen y espejo de todos estos orígenes y de todas las transformaciones y cambios señalados, puede estimarse la famosa historia del *Caballero del Cisne*,

interpolada en la traducción francesa del siglo XIII de la Crónica de Guillermo de Tiro, y que traducida al castellano, figura á la cabeza de la *Gran Conquista de Ultramar*, terminada en el siglo XIV, según las mejores noticias.

El *Caballero del Cisne* no aparece de golpe en Flandes y en España en el siglo XIV. Es una leyenda que arranca de primitivas tradiciones bizantinas, y que, cantada por los troveros franceses, forma parte de un importante ciclo épico consagrado á celebrar los altos hechos de las Cruzadas.

El ciclo llamado generalmente de las Cruzadas consta de cinco poemas: *Helias ó Elias*, *Le chevalier au Cygne*, *L'Enfance de Godofroid de Bouillon*, *Les Chetifs* y *Antioche*; pero el ciclo no se completa hasta los últimos días del siglo XIII, escribiéndose el último de los poemas, *Helias*, para dar antecedente y comienzo á los demás. El más antiguo es sin duda alguna la canción de Antioquia, escrito ó compuesto por Ricardo el Peregrino, y remozado por Graindour de Douai; pero si el orden de la narración exige que se enumeren los poemas comenzando por *Helias* y las mocedades de Godofredo, el orden cronológico literario es el inverso, por pertenecer estos dos poemas al siglo XIII y al anterior la canción de Antioquia.

Doy de mano á los cantos de gesta de las Cruzadas, es decir, á la canción de Antioquia y á los *Chetifs*. Su estructura, sus formas, sus elementos literarios recuerdan el siglo de oro de las gestas carolingias, y Ricardo el Peregrino tenía abundantísimos modelos que seguir en el ciclo heróico, por más que sea evidente su esfuerzo para sujetarse á la verdad de los hechos y á las narraciones que conservaban los cruzados, revistiendo en los más de los pasajes los caracteres de una crónica rimada; y estos caracteres serían mucho más salientes en la gesta primitiva, que refundió Graindour de Douai, y que no ha llegado á nosotros.

El mismo juicio merece á la crítica la continuación de la canción de Antioquia, ó sea los *Chetifs*; pero los eruditos no titubean en señalar en este poema rasgos orientales y bizantinos, alegorías y metáforas que tienen profundamente impreso el sello oriental y que proclaman el triunfo del arte alegórico.

Pero si los memorables hechos de las Cruzadas detenían y enfrenaban la fantasía de los autores y revisores de la *Canción de Antioquia* y de los *Chetifs*, libre y desembarazadamente corrió la de los troveros, que completaron el ciclo en el siglo XIII narrando las historias de los ascendientes de *Godofredo de Bouillon* y del celebrado *Caballero del Cisne*.

El poema titulado *Helias*, del que M. Paris había estudiado dos redacciones distintas, posteriores

ambas á los poemas de la Tabla redonda, refiere que en un lugar de la Hungría vivía una dama de maravillosa hermosura, llamada Elixia, dotada del don de profecía y de otros dones prodigiosos, y anunció que daría á luz al conquistador de Jerusalén y á otros cinco hijos y á una hija, que nacerían con la rareza de llevar al cuello collares de oro. Casada con el rey Lotario, murió al dar á luz á siete gemelos, durante la ausencia del rey, y la vengativa suegra, que miró siempre con malos ojos el matrimonio de su hijo con una desconocida, mandó que los recién nacidos quedaran abandonados en un solitario bosque. A la puerta de una ermita dejó el mensajero á los gemelos, y el buen ermitaño cuidó por espacio de algunos años de los pobres huérfanos. Uno de los servidores de la abuela descubre á los niños en su retiro, y por su orden les arranca los collares de oro, convirtiéndose en el acto en blancos cisnes, que tomaron vuelo, á excepción de la niña que había conservado su collar de oro. Los cisnes van al palacio de Lotario, y la instintiva solicitud del padre los aloja en un magnífico estanque. Un día reconocieron á su hermana que llegaba al palacio, colmándola de caricias. Se descubre la traición de la abuela, que devuelve cinco de los seis collares, y colocados en los cuellos de los cisnes, recobran la figura humana, y el que permanece encantado es el cisne que su hermano Helias coloca en la proa del buque en que pasa á lejanas tierras (1).

Helias, en el segundo poema, las *Mocedades de Godofredo*, se encuentra en la corte del Emperador cuando llega la duquesa de Bouillon, acompañada de su encantadora hija, pidiendo justicia contra el violento Baron que la ha desposeído de sus Estados. Todos temen al poderoso; pero Helias se declara su valedor y vence á Regnier. El Caballero del Cisne lleva á cabo sorprendentes hazañas, se casa con Beatriz, la hermosa hija de la duquesa de Bouillon; pero guardaba el más sigiloso misterio respecto á su origen y á su linaje, é hizo jurar á su esposa que nunca le interrogaría sobre el particular. Pero Beatriz, como Psiquis y tantas otras, es infiel á su juramento y pregunta á Helias. En mal hora lo hizo, imitando á Eva, dice el trovero, porque el caballero declaró rota tan dulce compañía, despidiéndose con ternura de su hija Ida y de su esposa, dejándoles por único gaje un cuerno de marfil, que sería el talisman que preservaría á Ida de las tramas de sus enemigos. Ida casa con Eustaquio, conde de Boulogne, y es madre de un Rey, de un Duque y de un Conde, según le habían anunciado sueños proféticos: de Godofredo, rey de Jerusalén, de Bal-

(1) Mr. de Reiffenberg.—*Le Chevalier au Cygne*. dos volúmenes, Bruselas, 1848.

duino, duque de Rohais, y de Eustaquio, conde de Boulogne.

No merece olvido en la educacion de Godofredo el rasgo de su madre, que la caracteriza por extremo. Ya era comun en el siglo XIII el entregar á manos mercenarias á los recién nacidos. El trovero elogia á Ida por haber ella misma amamantado á su hijo. Un día, en tanto asistia su madre al santo sacrificio, para acallar al niño lo pusieron al pecho de una nodriza. La madre, al acariciarlo, notó tenía húmedos los labios. Pregunta la razon, y enterada del caso, trémula de espanto y de ira, coge al niño por los pies, lo suspende y le obliga á devolver con violentas sacudidas la leche que bebió en pechos extraños. Los biógrafos de San Luis atribuyeron despues el hecho á su madre, Blanca de Castilla.

En tanto corrian las predicciones entre los árabes, y Cornumarán, deseoso de conocer á Godofredo, llega á Europa, y sorprendido de la magnificencia, brio y gentileza del mancebo, se estrechan las manos, quedando aplazado el terrible duelo para la próxima expedicion de Godofredo á Palestina, que sirve de asunto á los demas poemas que componen el ciclo de las Cruzadas (1).

Esta famosísima historia del Caballero del Cisne se encuentra en la *Gran Conquista de Ultramar*, mandada traducir por D. Sancho IV de Castilla, ó en los dias de Fernando IV, que es lo más verosímil, y por los años 1312 á 1320. No cabe duda que el libro castellano es una traduccion del libro frances en que se vertieron en prosa las hazañas celebradas en los poemas de *Elias* y las *Mocedades de Godofredo*, siguiéndose en esto la ley de desenvolvimiento y trasformacion de las creaciones caballerescas, que pasan de una forma poética á otra y por fin se conservan en la de narraciones en prosa, tan comunes á fines del siglo XIII.

Pero si es dado seguir la historia de la leyenda del Caballero del Cisne desde los poemas de *Helias* y las *Mocedades de Godofredo* hasta la traduccion castellana del siglo XIV, no sucede lo mismo con los orígenes y primitivas formas de esta leyenda. No es oriunda del Norte, como al parecer entiende el Sr. Gayangos, porque si bien es cierto que es popular en los Países Bajos, se debe el hecho al poema flamenco del siglo XIV, últimamente publicado por M. de Reiffenberg, y que no es más que una nueva redaccion de los poemas de los troveros franceses. La leyenda pasó de Francia á Flandes, pero no procede de Flandes.

En mi sentir, la leyenda tampoco es original de los redactores del poema de *Helias*, aun considerando la más antigua de las redacciones. Ciertamente, como afirma el Sr. Gayangos, que no se encuentra

en las historias de Guillermo de Tiro, que sólo llegan á 1190; pero no es ménos exacto que Guillermo de Tiro conocia la leyenda, y de consiguiente, tuvo esta una forma anterior á la que reviste en Francia en el siglo XIII. La crónica latina, al referir el linaje y ascendencia de Godofredo de Bouillon, dice: «Preterimus denique studiose, licet id verum »suisse plurimorum astruat narratio, cygni-fabulam, »unde vulgo dicitur sementivan eis fuisse originem, »eo quod á vero videatur deficere talis assertio.» ¿A qué tradiciones aludía el cronista latino? Es evidente que no aludía al poema de *Helias*, que es muy posterior, ni á ninguno de los poemas del ciclo de las Cruzadas, porque el más antiguo, la *Cancion de Antioquia*, se escribe asimismo despues de la crónica latina y aprovechando Ricardo el Peregrino los datos de Guillermo de Tiro. No es ménos evidente que el vulgo á que alude el cronista no es el de Occidente. Alude á los cruzados, á las gentes cristianas que pululaban en Asia, y entre las que corrian exornadas con mil maravillas todas las leyendas referentes á Godofredo. En un libro de origen bizantino, en el *Dolopathos*, se encuentra una leyenda, que M. Puymaigre (1) confiesa que no difiere esencialmente de la afamada del *Caballero del Cisne* y uno y otro dato, y la consideracion de ser muy del gusto del arte greco-asiático estas metamorfosis, en tanto que repugnan al occidental, me inclinan á la creencia del origen bizantino de la tradicion famosísima y maravillosa que el entusiasmo de los cruzados enlazó con los linajes y ascendencia del conquistador de Jerusalem. Desdeñada la tradicion por Guillermo de Tiro, la recogió el trovéro autor del poema *Helias*, y de la poesia pasó á la prosa intercalada en la traduccion francesa de la crónica del piadoso arzobispo, en donde la encontraron los traductores castellanos de la narracion francesa en los primeros años del siglo XIV.

Esta confusion del elemento poético con el histórico, de la crónica con el cantar de gesta y con el poema caballeresco, de la cual es insigne ejemplo la *Historia de Espanna* de Alfonso X de Castilla y que imitaron los autores de la *Gran conquista de Ultramar*, señala en mi juicio la última etapa y término de las trasformaciones de la inspiracion caballeresca, que nacida en las crónicas monásticas y en las tradiciones greco-latinas, pasa por las formas de la poesia épica, se mezcla y confunde con el poema heróico y con el de aventuras reviste formas prosaicas, y encuentra una última existencia en las crónicas y cronicones del siglo XIV.

Al través de esta curiosa série de trasformaciones, y dejando á un lado la exaltacion mística de Wolfram d'Eschenbach en su *Perceval*, hay una ra-

(1) *Hist. litt. de la France*. Tomo XXII, pág. 399.

(1) Puymaigre. *Les vieux auteurs*, etc.—Paris, 1861.

pical diferencia entre todas estas creaciones y la hermosísima del *Amadís de Gaula*, y de los libros de Caballería, que son el alma y el espejo de la sociedad del Renacimiento.

Los libros de Caballerías no se enlazan con las narraciones prosaicas carlovingias ó de aventuras de los siglos XIII y XIV. Las narraciones en prosa y sus sucesivas trasformaciones no tienen expresión más alta y acabada en el siglo XIV que la historia del *Caballero del Cisne*, y entre el *Caballero del Cisne* y el *Amadís de Gaula* existe la diferencia artística que separa en la historia la Edad Media de la Edad del Renacimiento.

La Edad Media, á vueltas con el maravilloso greco-latino, las tradiciones monásticas y las leyendas de gesta que fermentan en Europa desde el siglo VIII al siglo XIII, aderezándolas con el simbolismo bizantino y gnóstico y los plagios de la literatura latina, engendra esa abundantísima poesía épica que va desde la Cancion de Arthus hasta la historia del Caballero del Cisne, sin que en esta abundancia de héroes y de hazañas descubra la crítica una inspiración original y una idealidad estética que responda á una concepción de lo divino, de lo humano ó de la naturaleza, propia y característica de una civilización novísima.

Por eso el movimiento literario de la Edad Media tritura, desmenuza, combina y adereza de mil maneras las leyendas antiguas, las transforma á cada paso, las viste con el decasilabo, despues con el alexandrino, con el asonante y el consonante; por último, las vierte en prosa y las ingiere en las crónicas, en los libros morales á manera de ejemplos y moralidades, las parodia en los fabliaux, las recuerda en fugitivos romances, perdiendo y adquiriendo en esta perpétua metamorfosis los livianos y pasajeros caracteres que los accidentes políticos y sociales estampan en las obras del espíritu humano.

En raras ocasiones y á manera de relámpago, alcanzan los trovadores y troveros, ni los eruditos prosistas del siglo XIV, la hermosa idealidad, acabada y perfectísima del espíritu humano. Esta gloria la guardaban los tiempos para la edad siguiente. No eran los poemas caballerescos, sino los libros de Caballerías los que debían satisfacer y llenar la aspiración ideal del arte verdaderamente moderno; y al decir los libros de Caballería, claro es que pongo la atención en el prototipo y modelo, en el inspirador secundo de aquellas gloriosas dinastías, en el inmortal Amadís de Gaula. No era la Edad Media, sino la Edad del Renacimiento la que podía levantar el vuelo de tan maravillosa manera. La poesía épico-heróica es la única creación original de la Edad Media; el sentimiento de raza ó de nacionalidad sus únicas musas, y la crítica rinde ruidoso y justo tributo de admiración á la canción

de Roland, al poema del Cid, á los Nibelungos; pero la idealización moral y nobilísima de la individualidad cristiana, la apoteosis del que cree y espera y escucha únicamente el consejo del deber en su natural pureza, era asunto que excedía las fuerzas de la fantasía de los siglos medios, y requería el concierto en todo lo imaginario y creído, en el curso de las pasadas civilizaciones y en la historia de la cristiana.—Así si eslabonan por ley natural las edades, y así crece y aumenta la creación artística que ennoblece á los pueblos.

F. DE PAULA CANALS

(Continuará.)

LA ANTROPOFAGIA

Y LOS SACRIFICIOS HUMANOS EN LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS Y EN LA ÉPOCA ACTUAL



Se cree, pero nada lo prueba hasta ahora de una manera evidente, que los pueblos primitivos eran dados á la antropofagia. Sin embargo, cuando se considera que esta bárbara costumbre se halla aún muy generalizada en toda la Polinesia, en la Nueva-Zelanda, la Australia, las islas de la Sonda, Sumatra, el Africa central y meridional (1), entre algunas hordas de la India y de América; cuando Strabon y Plinio nos afirman que los antiguos Germanos y los Celtas eran verdaderos canibales; cuando César, en fin, nos dice que, en su tiempo, los Vascones eran todavía antropófagos, no habria por qué asombrarse si averiguaciones ulteriores nos demostraran de un modo cierto que el hombre europeo cuaternario se parecia á aquellos en este punto.

Existen además ciertos indicios que parecen confirmar tan odioso parecido, como el descubrimiento hecho en algunas cavernas, en Bélgica, de huesos humanos, más ó menos carbonizados ó hendidos como los de los animales, probablemente con el objeto de extraerles la médula, considerada entonces como un manjar muy delicado. Algunos de ellos tienen, en sus extremidades porosas, estrias raras, pero muy visibles, y hasta mordeduras que, según varios paleontólogos, podrian muy bien haber sido hechas por dientes humanos.

No olvidemos, por otra parte, que en la estación de Saint-Marc (cerca de Aix en Provenza), el profesor Marion ha visto despojos humanos mezclados con los restos de hogares, y entre ellos huesos calcinados, hendidos de manera que fuese fácil la

(1) Entre los Jaynas, negros africanos, la carne humana figura sobre el tabanco ó mostrador de los carniceros.

extracción de la médula. M. Marion no vacila en considerar este hecho como prueba evidente de que las poblaciones de la época arqueológica se alimentaban algunas veces de carne humana. Hay que advertir que todos aquellos huesos carbonizados y partidos á lo largo pertenecian á individuos jóvenes, y que la estacion de Aix no ha ofrecido por ninguna parte los vestigios de una sepultura.

Capellini, además, dice haber encontrado recientemente en la isla de Palmaria las primeras huellas de la antropofagia en Italia.

Observaciones análogas á las que preceden se habian hecho ya respecto á huesos de mujeres y niños, en Escocia, por Ricardo Owen; en Bélgica, por Spring, y ambos sabios dedujeron de ellas costumbres canibales. El mismo M. Vorsaë cree en la existencia de la antropofagia y de los sacrificios humanos entre los antiguos Daneses.

El número de pruebas reunidas en favor de esta opinion no es aún, en verdad, bastante considerable; pero, tal como es, nos parece suficiente para hacerla probable; y fundándonos en datos de la misma índole recogidos en nuestros dias en diversos puntos del globo, nos sentimos inclinados á adoptarla.

Podría ser, sin embargo, que las estrias observadas en muchos huesos humanos, y atribuidas á mordeduras de humanos dientes por algunos paleontólogos, fuesen sencillamente obra de ciertos roedores, los ratones, por ejemplo. A ellos atribuye, en efecto, nuestro sabio colega el profesor Noullet las señales parecidas que ha visto en tres porciones de húmeros humanos extraídos por él de una sepultura del tiempo de la piedra pulida.

Pero que se adopte ó no esta manera de ver, ¿sería aventurado suponer que el hambre de los primeros moradores del suelo europeo no siempre se ha visto satisfecha, y que la salvaje aspereza de sus pasiones les hiciera alimentarse, al ménos accidental y localmente, con la carne de sus semejantes?

El profesor Schaaffhausen no vacila en decir:

«No nos causa ya el menor asombro oír hablar de un pueblo dado á la antropofagia. En todos puede encontrarse la huella de esta barbarie primitiva; es en cierto modo una necesidad que todos ellos han experimentado.»

Carl Vogt es todavía más explícito sobre tan importante punto:

«No hay, dice, raza alguna, ningun pueblo considerable, ningun grupo geográfico importante de la humanidad, en el que antiguamente no existieran la antropofagia y los sacrificios humanos,—hombres negros, morenos, amarillos ó blancos; ulotricos (*de cabellos crespos y lanudos*) y leiotricos (*de cabellos lisos*); europeos, asiáticos, africanos,

americanos, australianos y polinesios, arianos, semitas y chinitas,—todos, sin excepcion, han sacrificado y devorado á sus semejantes, y los huesos partidos y roídos hablan claramente donde no hay escritos ni documentos históricos.»

Por su parte, uno de nuestros más amables y eruditos sabios, léjos de convenir con la paradoja de J. J. Rousseau, que afirma que es perfecto cuanto sale de las manos de la naturaleza, ve en el canibalismo primitivo la prueba de una imperfeccion bastante grande. «El hombre, dice, en el momento en que salia de las manos de la naturaleza, para emplear el lenguaje de Rousseau, no era absolutamente escrupuloso en su lucha para la existencia, y si se comia á los animales que la caza le podia proporcionar, no le repugnaba un trozo de cualquiera de sus semejantes. Perdónese-me el juego de palabras: «el hambre (1) entonces justificaba los medios.»

»Pero si tales medios de alimentarse se explican y hasta se disculpan por la necesidad de los tiempos en que comunmente se usaban, no se les puede invocar como prueba convincente de la perfeccion de la humanidad primitiva.

»Un gran progreso, por el contrario, se encuentra realizado, y la humanidad camina hácia un estado mejor el dia en que, por la conquista de los animales domésticos, asegura ella su existencia del dia siguiente. Este punto de vista aumenta singularmente los servicios de que somos deudores á nuestros hermanos inferiores, como los llama San Francisco de Sales, que han salvado al hombre de sí mismo, es decir, de los furros de su insaciado apetito que le impulsaba á hacer presa de su semejante.»

En efecto, desde que un pueblo se dedica á la agricultura y posee animales domésticos, es muy raro que no renuncie á comer carne humana, suponiendo que ántes haya tenido esa costumbre. Prueba de ello son los habitantes de las islas de la Sociedad, cuyo admirable clima y abundante vegetacion han favorecido maravillosamente este cambio, y un grandísimo número de tribus errantes y salvajes del Nuevo-Mundo, sacadas del más completo estado de barbarie, y ahora establecidas, merced á los que les llevaron, con palabras de paz, los primeros animales domésticos y las primeras nociones de agricultura. Esos pueblos, ántes canibales, han visto suavizarse sus costumbres, la vida del prójimo ha llegado á ser sagrada para ellos, como debe serlo para todos los miembros de la gran familia que se llama humanidad.

Las leyendas relativas á los tiempos fabulosos de

(1) En frances la *faim*, que suena lo mismo que la *fin*, el fin.

la Grecia y de Egipto no son, pues, mitos creados á placer por la brillante imaginación de aquellos antiguos pueblos. Ceres y Triptolemo, al inventar el arado, han dado origen realmente á la civilización.

Pero el hambre no es por desgracia el único móvil que arrastra ó arrastraba á ciertos pueblos á la antropofagia, y que hasta les ha impulsado á hacer de ella una institución nacional. El abuso del poder supremo, la venganza y la superstición entran también por mucho en esa bárbara costumbre, en ese crimen de lesa-humanidad.

Así, por ejemplo, en las islas Viti, con un admirable clima, en un pueblo que cultiva *la batata* y el *taro*, que sabe fabricar tisús y vajillas de un notable trabajo, en 1834 existía aún la antropofagia como institución nacional. En Alban, capital de la isla y residencia del rey Tukamban, la carne humana se vendía públicamente, los hornos y las ollas destinadas á cocerla no se dejaban enfriar, y en diversos puntos de la isla se veían mataderos donde diariamente, sobre todo en las ocasiones de ciertas solemnidades, se inmolaban sin piedad humanas víctimas. Según la dramática narración de Seeman y Pritchard, testigos oculares de los hechos que refieren, cuando el hijo del Rey, llegado á la edad de la pubertad, iba á revestir el *maro*, se degollaba en su honor á centenares de culpables y prisioneros reservados para tal circunstancia.

«Los cadáveres debían reunirse formando un vasto montón, sobre el cual se arrojaba un esclavo vivo. El joven iniciado, desnudo hasta entonces (porque los hombres sólo llevan un fragmento de vestidura), se separaba de sus compañeros de infancia, subía á la espantosa pila de cadáveres, y, con los pies sobre el pecho del esclavo vivo, agitaba un machete ó maza, mientras los sacerdotes invocaban para él la protección de los genios, pidiéndoles que le hicieran salir victorioso de todos los combates. La multitud acostumbraba á mezclar con estas imprecaciones, horribles aplausos. En seguida, dos tíos del príncipe escalaban, á su vez, el montón de las víctimas. Ellos eran los encargados de ceñirle el *maro*, cinto de *tapa*, tela del país, blanca como la nieve, de seis ú ocho pulgadas de ancho, pero de doscientos metros de largo, de suerte que quedaba completamente envuelto.»

Aun en nuestros días se practica la inmolación de víctimas humanas en Dahomey (Africa central), en muy grande escala; y el mismo Monarca no se desdén en bañar sus reales manos en la sangre de sus súbditos ó de prisioneros de guerra cogidos á las tribus enemigas. ¿Puede llevarse más lejos el abuso de la autoridad suprema, el desprecio de la vida humana, creada por Dios, y la crueldad?

Entre los salvajes, matar á un enemigo ó imponerle atroces torturas, y después repartirse sus

carnes palpitantes ú ofrecerlas á los dioses, es un homenaje debido ó uno de los más eficaces medios para obtener su favor ó apaciguar su enojo. Es además el procedimiento más seguro para inocularse el coraje, la fuerza y todas las cualidades morales ó intelectuales de la víctima; en una palabra, para asimilársela.

Hé aquí precisamente lo que explica esos actos de canibalismo y esos sangrientos sacrificios que aún subsisten, no solo entre los incultos polinesios, sino también en pueblos que hace mucho tiempo salieron del estado de barbarie y, lo que es más, que se hallan en contacto diario con la civilización adelantada de los ingleses establecidos en la India ó de los franceses en las islas Marquesas y aún en Argelia (1).

Voltaire se admiraba, con razón, de la generalidad de tan acruelos usos. «¿Cómo, decía, hombres separados por tan grandes distancias han podido unirse en tan horrible costumbre? Habrá que creer que no es absolutamente tan opuesta á la naturaleza humana como parece (2).

A pesar de cuanto esta confesión tiene de penosa, preciso es convenir, ante las pruebas suministradas por la paleontología, en que la horrible costumbre de que habla Voltaire se hallaba antiguamente y aún hoy lo está, más extendida ó generaliza de lo que suponía el ilustre escritor.

Lease en el *Diario de los Sabios* (Agosto de 1867) el notable trabajo de M. Barthelemy Saint-Hilaire sobre *los sacrificios humanos en la India*, y se verá á los *Khonds* establecidos en las montañas del *Orissa*, una de las partes más fecundas de la península, cultivar la tierra con cuidado, recoger ricas cosechas y, sin embargo, despedazar como á capricho á sus *meriahs* (3), para distribuir los trozos de carne á la asistencia y ofrecer á Bera, diosa de la tierra, hecatombes humanas que sólo se podrían comparar á las de los antiguos mejicanos (4).

(1) Un hecho muy reciente (1873), el asesinato del capitán Hurt y su mujer, comidos ambos por los habitantes de las islas Marquesas, no permite dudar sobre la persistencia de ciertas prácticas pasadas casi en el estado de instintos hereditarios.

(2) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*.

(3) Es el nombre de las víctimas, cuidadosamente engordadas, que se destinan á Bera.

(4) El número de las víctimas humanas sacrificadas á los dioses se elevaba anualmente á más de 20.000 sólo en la villa de Méjico. Los sacrificios humanos parecen haberse usado hasta entre los antiguos *Lound-builders*, ó constructores de parapetos de los valles del Ohio y del Misisipi, respecto á los cuales corren aún tantas incertidumbres históricas. Wilson dice, en efecto, que se han encontrado sobre uno de los altares levantados por sus manos y cubierto de lentejuelas de mica plateada, huesos humanos carbonizados y bastante numerosos para que entre todos se pudiese formar un esqueleto entero.

«¿Qué razas son esas,—exclama M. Barthelemy Saint-Hilaire,—en las que son posibles tales horrores en tan vasta proporción y de una manera tan durable? ¿Qué son, en particular, esas poblaciones de los *Khonds*, donde se matan criaturas humanas más fácilmente y en mayor número que animales se mataban en el paganismo griego y romano? Aquí, la misma palabra hecatombe es insuficiente y no expresa toda la realidad. En la antigüedad pagana rara vez se sacrificaban cien bueyes; en la Orissa se degüellan de una vez muchos cientos de seres humanos en algunas ciudades que se ponen de acuerdo solamente para esto, mientras en todo lo demás se hallan en perpetua disidencia. El pueblo romano en sus fiestas y para satisfacer un frenesí de espectáculos homicidas, entregaba á la muerte miles de gladiadores en un solo día. Otros pueblos, y si se quiere, la mayor parte de ellos, se dedicaban antiguamente á estas iniquidades. La Inquisición en España ha encendido innumerables hogueras hasta el siglo XVIII. ¿Dónde hallar crímenes cometidos con tal sangre fría, en nuestros días, al contacto de nuestra civilización? Los antropófagos son más excusables y pueden al ménos alegar las torturas del hambre y la inminencia de una muerte que no saben evitar más que por medio de sangrientas comidas. ¿En qué escalafón de la humanidad se deberá, pues, colocar á los *Khonds*? ¿Qué puede haber por bajo de ellos?»

Entre los asombros que nos guarda la historia del género humano, ¿puede haberlos más tristes, más inauditos? El mismo rey de Dahomey, en la parte más atrasada é inhumana del Africa, ¿es inferior á los *moullikas* de Gounesora, de Boad y de Tchinná-Kennedy? ¿Qué problemas para la filosofía de la historia! ¿Lo que es el hombre, considerado en esa cloaca de sangre y cieno!»

Gracias al enérgico valor del comandante Jhon Campbell y del teniente Macpherson, dícese que los feroces habitantes de la Orissa han concluido por renunciar, no sin grande trabajo, á sus sangrientos sacrificios. Y una prueba de lo que la costumbre había arraigado en ellos el gusto y de cuán fortificado se hallaba por la superstición, son las quejas casi sinceras que exhalaban en presencia de los representantes de Inglaterra, y la especie de responsabilidad que hacían pesar sobre sus nuevos señores en el caso de que la diosa Bera, descontenta, llegase á retirar á los pueblos del Khourdistan la protección que hasta entonces les había dispensado.

Esos lamentos son completamente característicos: prueban con qué facilidad se adormece y pervierte la conciencia humana cuando la superstición y el interés le hacen oír su lenguaje extremadamente persuasivo.

Ante tales hechos, demasiado auténticos, por

desgracia; en presencia de los huesos, medio consumidos, de mujeres y niños que se han encontrado en Chanvaux, en Bélgica, en Londres, Arbas, Bruniquel y otros puntos; teniendo á la vista huesos humanos, como los de los animales, ¿será aventurado suponer que los pueblos que habitaban la Europa en las edades anti-metálicas, eran, algunas veces por lo ménos, canibales, é inmolaban víctimas humanas sobre las tumbas de sus jefes ó en los altares de sus dioses? De cualquier modo, la violencia de su carácter se halla suficientemente demostrada por los cráneos de mujer que Luis Lartet, el digno hijo del eminente paleontólogo, ha observado en *Cro-Magnon* (Dordoña), y en la gruta de *Duruthy*, en los alrededores de Pau, cuyos cráneos tenían también una profunda herida.

No terminaremos estas consideraciones sobre la antropofagia y los sacrificios humanos, sin mencionar, aunque sea de paso y muy concisamente, las ideas emitidas sobre este asunto cuando se celebró en Bologne el último congreso prehistórico, por uno de los más célebres representantes de la ciencia helvética.

Partiendo del principio, muy discutible por cierto, de que toda religión, sin excepción alguna, es hija del miedo y de la ignorancia, ó bien la adoración de lo desconocido, y de que Dios no es más que «un superlativo cuyo positivo es el hombre,» Carl Vogt ve en la antropofagia y en los sacrificios humanos, que son su consecuencia lógica, un hecho universal y, por lo tanto, una fase necesaria en el desarrollo de la civilización, el indicio de un grado relativamente elevado de esa misma civilización.

Desconocido entre nuestros antepasados prehistóricos del tiempo del rengífero y del manmout, el canibalismo empezó á generalizarse al final de la época neolítica. Desde entonces se encuentran por todas partes pruebas ineludibles; y lo mismo sucede respecto á los sacrificios humanos, tan comunes entonces como lo fueron más tarde en pueblos mucho más civilizados (hebreos, egipcios, griegos, romanos, galos, etc.) y como lo son todavía en pueblos que aún no han salido del estado de barbarie.

Pero ¿cuáles son las causas, cuál el objeto de esas malas costumbres?

Naturalmente frungívoro, como los monos antropomorfos, y hasta insectívoro, como los cuadrumanos inferiores, el hombre no ha llegado á ser omnívoro sino en un estado relativamente avanzado de su evolución; ménos canibal era primitivamente.

El hambre, el deseo de venganza, la superstición, sobre todo; estos son los verdaderos orígenes de la antropofagia.

El salvaje canibal cree que el alma y el cuerpo forman un conjunto inseparable, lo mismo durante la vida que después. Cada parte del cuerpo de

hombre, y aun de los animales, tiene funciones propias y cualidades especiales.

Así, el corazón es la residencia de la intrepidez y del valor guerrero; en los ojos reside la perspicacia; en los órganos genitales la virilidad, y en la sangre la vida. La carne de ciervo da agilidad, y la de bisonte ó toro montaraz una fuerza extraordinaria.

Estas cualidades, inherentes á ciertas partes del cuerpo, pueden trasmitirse al que se alimenta de ellas, las absorbe y se las incorpora. Además, devorando al objeto de su venganza, comiéndose al enemigo muerto en el campo de batalla; el vencedor se asimila completamente el cuerpo y el alma del vencido.

Comer carne humana es, pues, naturalmente un privilegio reservado á los más valerosos, á los guerreros; al jefe de la tribu. Y como entre los salvajes los dioses eran los jefes supremos, se llega gradual y lógicamente á ofrecer á la divinidad, cualquiera que sea, cuanto se cree más á propósito para obtener su favor ó apaciguar su enojo.

De aquí los sacrificios humanos, la inmolacion de vírgenes, de esclavos; de niños, de prisioneros de guerra; y como á la idea de sacrificio se asocian frecuentemente la de expiacion, la víctima elegida deberá ser tanto más perfecta y preciosa cuanto más grande sea la falta que haya que expiar.

Poco á poco se va purificando la idea religiosa; y de real que era al principio, el sacrificio llega á ser puramente simbólico. Tal es, por ejemplo, la *Cena* de los cristianos, considerada por Carl Vogt y por el profesor Waitz, de Marbourg, como análoga á ciertos sacrificios usados entre los antiguos mejicanos (fiesta del dios *Huitzilipochtli*). ¿No dijo el mismo Jesus: «El que come de mi carne y bebe de mi sangre vive en mí, y yo en él?»

Como se ve, dice Carl Vogt, estas palabras se fundan completamente en la idea, aún en vigor entre los judíos, de que la vida está en la sangre, y de que, ingiriendo la carne y la sangre, se trasmite la vida del sér ingerido.

Dejamos á nuestros lectores el cuidado de juzgar estas ideas para nosotros tan extrañas como nuevas; pero dudamos que alcancen la aprobacion general, sobre todo entre los casuistas cristianos. Por lo demas, relacionadas tan de cerca con la teología pura, no creemos muy prudente aventurarnos en tan escabroso terreno. Los que deseen conocer la opinion de Carl Vogt algo mejor que por un simple análisis, pueden satisfacer su curiosidad leyendo la Memoria original que aquél ha publicado en las actas del Congreso prehistórico celebrado en Bologne en 1870.

DR. N. JOLY.

CICERON.

ARTÍCULO 3.º

Ciceron orador forense.—Ciceron orador político.

I.

¡Ciceron!... nombre augusto; nombre que los abogados no podemos menos de pronunciar con orgullo; nombre que encierra, que encarna y sintetiza en todo su esplendor la elocuencia de los tribunales; esa santa elocuencia cuyos objetos son la justicia y la inocencia, y cuya desaparicion del templo de las leyes significaria la ruina de la dignidad, de la independencia, del decoro y la libertad humana.

Leyendo y admirando á Ciceron es como se comprende cuán necesaria es la *palabra* en los debates forenses.

¡Ah! no lo dudeis; sin ella la razon y la inocencia, la verdad y la justicia, se verian privadas de un poderoso amparo y de un sosten precioso ante las pasiones de los hombres en quienes la sociedad deposita la terrible, á la vez que sacrosanta, facultad de dictar un fallo civil ó una sentencia criminal.

Abogados y jueces hemos sido, y como abogados y jueces pedimos, llenos de sinceridad y buena fe, la *publicidad*, la mayor publicidad posible en los procedimientos civiles y criminales; aquella que más circunscriba, que reduzca más á lo puramente preciso la tramitacion escrita y dé á la *palabra* el mayor lugar, la mayor cabida en todas y cada una de las fases y las vicisitudes de un pleito ó de un proceso.

La justicia con grandes preeminencias sociales, ejercida con respetabilidad y decoro, defendida y recompensada ámpliamente; sin atributos ni facultades ocultas y misteriosas; sin fórmulas sibilíticas, sin nada que la haga terrible y tenebrosa.

La justicia incólume é intachable, en manos expertas y honradas, serena y tranquila ante los cambios de la opinion y las turbulencias de los tiempos.

La justicia sin odios que temer, sin amenazas que cohiban su accion, sin imposiciones que la rebajen y denigren, sin el *favoritismo* que la desprestigia y mata alterando las escalas y olvidando los grandes estímulos y las debidas recompensas.

La justicia al servicio de la hacienda, de la honra y de la vida de los ciudadanos, sin trabas, sin dificultades, sin intermediarios enojosos, sin ruedas inútiles, gratuita, asequible, expedita, fácil y pronta en su accion.

La justicia ajena á la política, extraña á los partidos, campo neutral en la manera de ser de los

* Véanse los números 185 y 186, págs. 327 y 361.

municipios, de las juntas y elecciones populares.

Jueces instructores, tribunales colegiados, un alto tribunal de casacion; personal subalterno y auxiliar bien retribuido y garantido por la más rigurosa inamovilidad.

Reduccion en las fórmulas, minoracion en las diligencias, supresion de trámites dilatorios, públicos y amplísimos debates... Dadme una organizacion semejante, estadísticas bien hechas, registros de penados, policía judicial, y nada habria que desear; nada que pedir, nada que oponer en lo que se refiere á la administracion de justicia superior, ni mejor, ni más económico, ni más beneficioso, ni más perfecto y liberal.

Prosigamos.

La palabra de Ciceron, resonando en los tribunales con todo el valor y la altísima significacion que él supo darla, ásonbra con razon, dice Plutarco, á los más famosos oradores de Roma; y aún hoy, despues del cambio operado en las costumbres y en las leyes, muchos de sus *informes* parecen escritos para pronunciarse ante nuestros tribunales.

La elocuencia de Ciceron marca el día más venturoso para la noble profesion de la abogacia, base desde entónces de las más altas reputaciones y refugio de los talentos más privilegiados y esclarecidos.

La vez primera que el jóven Ciceron avanza hácia los *rostres*, llevando bajo el brazo izquierdo las *tablillas enceradas*, y en su mano derecha el *estylus* (1), y flaco, quebrado de color, pero interesante como lo es siempre el que revela en su persona la distincion de las fatigas del estudio, un grito de asombro, de viva curiosidad, resonó entre la multitud.

El novel abogado no se intimida; se le ve conmovirse, pero no inmutarse. Todos callan, todos se agolpan, para no perder una sola frase de su boca.

De sorpresa en sorpresa, de emocion en emocion, de encanto en encanto, Ciceron se hace dueño de su auditorio, y al terminar su *informe* no hay quien deje de aclamarle por el primero, por el mayor y más famoso orador de Roma.

Triunfo sin igual y sin ejemplo en las edades antiguas!

A casi todos cuesta la fama muchos ensayos, y á no pocos, como á Demóstenes, pasar por verdaderos contratiempos y públicas derrotas.

A Ciceron se le otorga desde su primer discurso *forense* la corona del vencedor, y con ella, ceñida la frente, se nos presenta majestuoso y grande ante las generaciones y ante la historia.

(1) *Estylum, graphium*: punzon para escribir y borrar en cera.

Maestro en el decir, no limita su magisterio á su siglo, á su época, á su pueblo, sino que, *guía, ejemplo y modelo* del mundo todo, no hay siglo, ni época, ni nacion alguna que ántes y ahora no le haya concedido y le conceda el privilegio de ilustrar y dirigir á la juventud, pudiendo pronosticarse sin énfasis ni ridícula osadía que sus trabajos oratorios y sus obras retóricas serán *siempre* de igual estima que lo fueron ántes y lo son en la actualidad.

Entre los trabajos de Ciceron descuellan, sobresalen y se distinguen en primer término, sus *alegaciones jurídicas*, sus *defensas* y *acusaciones forenses*.

Ciceron es el primer *orador forense* de los tiempos antiguos, y segun la opinion más aceptada, el primer orador forense del mundo.

Corrompidas las costumbres, depravada Roma por el lujo, por las guerras, por los vicios de su constitucion política y por las proscripciones de Sila y de los triumviros, nunca fueron tan frecuentes los crímenes, las espoliaciones, los robos, que en los últimos tiempos de la república y los comienzos del Imperio: *Corruptissima respublica plurime leges*, escribe Tácito con su admirable precision sobre esta época.

Y si de ello pudiéramos abrigar alguna duda, bastarian á desvanecerla las defensas jurídicas de Ciceron, *pro Sex. Roscio de Amelia*, acusado de parricidio; *pro A. Cluencio Avito*, acusado por su propia madre de asesino de su padre político; *pro C. Rabirio*, que lo fué de asesinato en la persona de un tribuno de la plebe; *pro L. Valerio Flaco*, de cohecho; *pro P. Cornelio Sila*, encausado por soborno para obtener el consulado; *pro M. Celio Rufo*, perseguido por violencia y tentativa de asesinato, y sus famosas acusaciones contra *Verres*, *P. Servilio Rulo*, *P. Vatinius*, y la renombrada en favor de *T. Anio Milon*.

A las luchas del foro acudian, no sólo los hombres más notables de Roma, sino las mujeres y los ciudadanos todos, ya por el carácter de vida pública que entónces se hacia, ya porque esas luchas envolvian, segun dejamos dicho, los intereses de la república, dada la solidaridad de aquellos tiempos.

Por tales caminos, la elocuencia forense en Roma se habia ido formando y creciendo, elevándose con Ciceron á una altura que no ha vuelto á tener hasta casi nuestros días, y de la cual se precipitó á la caida de aquel gran Imperio, salvándole tan sólo el derecho, que, siendo, como dice Leibnitz, la *razon escrita*, habia de sobrevivir y ser la base de las modernas legislaciones.

A aquellas famosísimas lides acudieron matronas como Amesia Sentia, en tiempo de Octavio; Caya Afrania, mujer del senador Bucio; Hortensia, ántes citada, y otras.

La oratoria formaba parte de la educación de la juventud y se conceptuaban sus ejercicios tan útiles al guerrero como al legislador, al magistrado y aún al más humilde ciudadano; prueba ostensible, prueba inequívoca de que se comprendía toda la trascendencia de la palabra en la gobernación de los pueblos y en la suerte y los destinos de los hombres que viven en sociedad.

La vida humana en su triple manifestación, moral, social y política, encuentra en la *oratoria* elementos de vida que no pueden negarse ni desconocerse sin ofuscación. La vida, la propiedad, el honor, la familia, constituyen la personalidad jurídica de todo ciudadano, formando parte integrante de su propio ser. El derecho, teniendo su arranque y su raíz en el hombre, es el alma de su existencia social; hoy el elemento individualista de la moderna civilización, y á no dudarlo, la gran palanca de su mayor progreso y seguro porvenir.

El derecho, como institución y como ciencia, es para el hombre, socialmente considerado, de una precisión absoluta, y la oratoria forense es y será en todos tiempos su complemento.

Por eso para nosotros la oratoria forense tiene tan altísima significación y ofrece tan grandes dificultades su acertado desempeño.

Comprendemos mejor y es más fácil ser un buen orador político, un excelente orador sagrado, un notable orador académico y militar, que un mediano orador *forense*.

Todo lo externo, todo lo accidental favorece á los primeros; todo lo que no depende de la voluntad, del estudio y del talento, se opone al mejor éxito del orador forense.

Los jueces, el auditorio, la opinión pública, los autos, el proceso, el tecnicismo forense, el contrario, el reo, las más de las veces confeso, ó convicto por lo ménos, los testigos... ¡Cuántas trabas! ¡Cuántos obstáculos!

Pues todos ellos no sólo supo vencerlos Cicerón, sino que llegó á servirse de ellos y á convertirlos en auxiliares poderosos de su *palabra*.

El mayor mérito del orador romano estriba, en nuestro sentir (1), en la maestría con que aprovecha en beneficio de su nombre y de su fama las grandísimas contrariedades que rodean, que cercan, que oprimen al orador forense.

J. J. Rousseau dice en son de menosprecio: «que así como Demóstenes fué un *orador*, Cicerón no fué más que un *abogado*.»

Aceptamos el juicio; sólo que, para nosotros, en

(1) Según hicimos al emitir nuestro juicio sobre Demóstenes, hacemos en este momento; es decir, salirnos del camino más usado de la crítica, como tributo de respeto á nuestros lectores; pero desconfiando mucho del acierto, dada esa misma novedad.

vez de rebajar á Cicerón, como pretende Rousseau, lo eleva á su más grande altura.

Cicerón es un abogado, sí: *Vir bonus dicendi peritus*, varón esclarecido, varón justo, varón bueno y peritísimo en el decir.

Varón para quien, como él mismo escribe, *hacer un discurso* es algo más que un juego, algo más que un mero alarde de talento, de erudición y de buen gusto.

Que esto y no otra cosa es en la mayoría de los casos la tarea de un orador, al paso que para el abogado *hacer un discurso* es siempre acometer la obra más arriesgada, más atrevida y más grave, cuando no, dice textualmente el mismo Cicerón, la obra *más superior de las obras humanas*.

Sentencia propia de quien conocía por experiencia las dificultades de la *oratoria forense*, la más comprometida, la de ménos recursos, mayores exigencias y más penosos deberes.

Sentencia propia de quien se mostró siempre digno representante de la inocencia y la verdad, de quien, libre de indignas pasiones, no encontraba premio bastante al trabajo del abogado, y prodigó generoso su palabra, colocándola gratuitamente al servicio de los más difíciles empeños.

Si J. J. Rousseau hubiese meditado un poco, no hubiese escrito con su habitual acrimonia en contra de Cicerón, y en contra, á la vez que en la persona del orador romano, de toda la nobilísima profesión de la *abogacía*.

El ilustre escritor no paró mientes, ó mejor que esto no conocía, no se hizo cargo ni supo estimar la posición angustiosa del orador forense, las exigencias que se le imponen y lo mucho que estorba su camino aún en el sentido meramente artístico y literario.

No quiso ver en el *abogado* al patrono de un reo inocente, al defensor de una víctima de la avaricia, de la difamación, del engaño y de las más bajas y miserables pasiones; turbada, confundida, anonada y perseguida; amenazada de muerte quizás si pronuncia una palabra, si cita un testigo ó presenta una prueba.

No quiso contemplar á Cicerón defendiendo á Roscio ó acusando á Sevres; á Papiniano negándose á hacer la apología de un crimen odioso; á Melesherbes abogando por Luis XVI ante la Convención; seguro de pagar con su vida el cumplimiento de sus deberes.

Abogados fueron Berreyer, Heurion de Pansey y D'Aguesseau.

Abogados fueron y son hoy esclarecidos magistrados, juriconsultos ilustres y famosos gobernantes, cuya enumeración fuera impropia de este sitio.

Sí; *non posse oratorem esse nisi bonum virum*;

á cuyo axioma añade Quintiliano: *Plurimum ad omnia momenti est in hoc positum, si vir bonus creditur. Sic enim contigit ut non studium advocati videatur afferre, sed pene testis fidem.*

No son abogados, no, como supone Rousseau los que venden su *palabra*, prostituyen su toga ó denigran su profesion. Esos desdichados tienen otro nombre que el que la sociedad concede á los que llenan en la *abogacia* sus penosos deberes con talento, con hidalgua y desinterés; á los que como Ciceron poseen la ciencia del derecho para defender y abogar, la abnegacion y la honradez como atributos inherentes á tan augusto sacerdocio, y la *elocuencia*, sin la cual el abogado no puede satisfacer por entero su mision. ¡Mision importantísima en la *realidad de la vida*, y que no concebimos cómo se atrevió á desconocer y menospreciar un pensador tan esclarecido como Rousseau!

Oratoria difícil la forense hemos dicho; la más difícil quizá hemos añadido, y no nos arrepentimos ni nos desdecimos de esta que parecerá á algunos atrevida afirmacion. Fijémonos por un momento ya que hace á nuestro intento, en este género de consideraciones.

La belleza en la forma, el patético, los afectos, los arranques de la pasion y del sentimiento; las imágenes, las figuras, los símiles, los ejemplos, las digresiones; cuanto conmueve, cuanto seduce y arrastra... nada está vedado al orador político, al orador sagrado; de todo ello há de valerse en cambio con *sobriedad y economía* el orador forense.

Los vuelos espontáneos de la imaginacion, la libertad en la accion, el abandono más ó ménos natural ó hábilmente estudiado, recursos son de que se vale con éxito la elocuencia en todas sus manifestaciones; recursos *vedados, prohibidos* casi al orador forense.

La grandeza, la sublimidad han de subordinarse en la oratoria forense á la gravedad y la sencillez; la imaginacion y el genio al estudio y la reflexion.

Y tanto es esto así, cuanto que no se ha tenido ni se tendrá nunca por mejor abogado al que *hable mejor*, sino al que ostente en los debates forenses más fria razon, más recto juicio, más severa crítica, y demuestre haber estudiado con mayor detenimiento y mejor fruto los autos ó el proceso.

¿Han pensado en esto cuantos han censurado á Ciceron, cuantos han rebajado en su persona á una clase cuyos servicios á la sociedad son tan notorios é indiscutibles?

Sólo conociendo, sólo fijándose en las dificultades que tuvo que vencer Ciceron como orador forense, es como, repetimos una vez más, puede apreciarse su mérito singular y su grandeza.

Si de las observaciones anteriores pasamos á otro género de trabas que hacen preciosa y com-

prometida la situacion del abogado en el sentido oratorio, veremos cuán raro es que un hombre se eleve en tan espinosa carrera á la altura de Ciceron.

El *tribunal* ó el *juez* tienen altísimos deberes que cumplir en oposicion al mayor éxito del orador forense. Han de ser impasibles, frios; examinar por sí las interioridades y los menores detalles del proceso; leer las declaraciones de los testigos, compararlas, cotejarlas; medir matemáticamente lo alegado y probado, sin que en oposicion á esto hagan en ellos ni deban prestar oídos á las galas del decir, ni á los encantos de la imaginacion, ni á los acentos de la elocuencia, si chocan y contradicen la verdad jurídica, la verdad legal.

¿Para qué entonces la palabra forense? exclamarán algunos. ¡Ah! lo que decimos en su defensa no excluye ni amengua su importancia.

El juzgador necesita quien le guie, quien le enseñe, quien le ilumine en la árdua tarea de dictar un fallo ó pronunciar una sentencia.

El cliente ó el reo quien abogue por él, quien lleve su voz en la tremenda contienda, en la lucha titánica no pocas veces de las apariencias que engañan, del tiempo ó la mala fe que destruyen y borran los medios de descubrir y hacer triunfar la verdad.

Y por último, el auditorio mismo quien combata sus injustas prevenciones, sus indebidas susceptibilidades é inmerecidos apasionamientos; móviles que por lo comun ocasionan los más lamentables extravíos de la opinion y conducen no pocas veces al predominio de la sin razon y la injusticia.

¡Sublime elocuencia que tales deberes está llamada á llenar cerca del juzgador, respecto del reo ó el cliente, del auditorio y la opinion pública!

¡Elocuencia tan solo perseguida y calumniada por la ofuscacion, por la tiranía ó el desconocimiento de tus atributos, yo te aplaudo, te ensalzo y encomio al ensalzar y aplaudir á tu más legítimo representante en la antigüedad, al orador romano!

Si en vez de sacerdotes de la noble profesion de la abogacia, me presentais *juglares* de la palabra forense; si en vez de mártires de sus deberes, me dais hombres venales, fáciles de prostituir sus talentos; si en vez de jueces rectos, entendidos é imparciales, me ofreceis ciudadanos corrompidos ó incapaces de apreciar la verdad; si en vez, en fin, de un auditorio comedido, atento, á quien infunda *constanza y respeto* el tribunal, suponeis masas que gritan, que gesticulan, que amenazan, que se imponen... esto será desnaturalizarlo y subvestirlo todo, y con tales elementos razon es que anatematiceis, no ya la palabra como lo hicieron los griegos ante el Areópago y los Egipcios en sus tribunales, sino por idéntica razon toda forma, todo aparato de juicio.

Por más que la *verdad* sea la constante y fiel aspiracion del espíritu humano, se dice; por más que la

verdad se manifieste y su sencilla é ingenua exposición no se oponga á la verdadera elocuencia, es tal el predominio que tiene en el hombre la imaginación, obran sobre nuestro ánimo tan directamente las cosas sensibles, nos apasionamos tan pronto y tanto de la belleza, que una misma verdad, simplemente enunciada ó rebatida con todas las galas del lenguaje y los recursos del arte oratorio, no se hace escuchar de igual manera, ni con el mismo interés.

Esto es cierto, esto es evidente, y por ello precisamente la elocuencia forense tiene trabas enojosas y necesarias que la distinguen, que la diferencian de los otros géneros de elocuencia.

El pueblo griego, impresionable, vehemente, voluble é inconstante, dado á la esterilidad y á la forma; apasionado, ligero, idólatra de la belleza, no era el más á propósito para llevar á el Areópago las exageraciones de una palabra artificiosa, y ante ejemplos como el de la cortesana Frine, que dejamos referido, y otros análogos (1), no es extraño que se prohibiese en el Areópago el uso de la elocuencia.

¿Pero de qué clase de recursos se habla, de qué elocuencia para llevar al ánimo la persuasión que se pretende? No ya de recursos impropios de la elocuencia forense, sino de todo género de oratoria; no de la elocuencia propiamente dicha, sino de los extravíos y las escentricidades del ingenio, que no hacen regla, ni necesitan otro correctivo que un buen sentido.

Por lo que hace al auditorio, ¿cuán distinto es el del orador forense al de los demás oradores? Menester es la fuerza de la convicción y la fuerza del deber para que el orador forense contrareste las malas condiciones en que de ordinario le colocan un auditorio escaso (2), ó un auditorio apasionado cuando es crecido y numeroso.

Agréguese á cuanto llevamos dicho la índole de su misión, no pocas veces *impuesta* y *forzada*; el rigorismo y la severidad de la ley; las citas obligadas de los artículos del Código ó de los anticuados preceptos de la legislación civil; la demostración crítica, filosófica y jurídica de los hechos; la oposición del contrario, y dígasenos, si no es exacto el juicio que dejamos formulado acerca de la elocuencia forense de ser la más espinosa, la más

(1) El rústico que condenó á Aristides diciéndole: «Estoy cansado de oírte llamar el justo, y por eso te condeno.» y el hecho de que Alcibiades para distraer al senado soltase un pájaro, se citan como prueba de lo perjudicial que es el uso de la elocuencia en el foro.

(2) Recordamos al escribir estas líneas la admiración que nos produjo en cierta ocasión ver elevarse á la más grande altura á uno de nuestros primeros oradores forenses, á nuestro distinguido amigo el Sr. Martos (D. Cristino) en la defensa de un reo, hecha sin otro auditorio que el juez, el fiscal, cuyo cargo ejercíamos, y el escribano de la causa.

difícil y comprometida, y si de todo ello no se desprende el mayor elogio que puede hacerse de Ciceron al afirmar que supo vencer tantos obstáculos cual ninguno ántes ni después en los antiguos y los modernos tiempos.

Ciceron es como Demóstenes, una primera figura en la historia de la palabra, y sus alegatos forman la corona más rica y variada de su envidiable reputación y de su gloria.

Y cuenta que la necesidad artística de sentir y comunicar á otros los propios sentimientos no fué tan general entre los romanos como entre los griegos, por cuya razón los triunfos de Ciceron son más meritorios y representan un mayor esfuerzo por su parte que el de los más afamados oradores griegos.

Esto explica que en Ciceron prepondere el arte sobre la naturaleza, mientras en Demóstenes prepondera la naturaleza sobre el arte.

Uno y otro, dando una distinta dirección á sus talentos oratorios, respondieron admirablemente á las necesidades del auditorio á quien habían de dirigir su palabra.

Se dice que Ciceron componía con gran esmero los *exordios* y en el resto se abandonaba á las impresiones del momento. La lectura de sus composiciones oratorias nos demuestra lo inexacto de esta observación.

Ciceron presenta idéntica atención y el mismo esmero en las partes todas de sus discursos.

Poseía, en efecto, una maravillosa habilidad para predisponer desde las primeras palabras á sus jueces y excitar vivamente su interés hacia la causa; pero no era menor su acierto al ordenar los períodos de la narración, al disponer los hechos, al refutar á su contrario y al poner fin á sus informes jurídicos, en lo cual, escribe Pierron, no encuentra rival. «En las conclusiones es donde el orador romano reconcentra, si así puede decirse, todos los recursos del arte, todas las fuerzas de su espíritu, todas las grandes dotes de su ingenio, y donde aparece con todas sus ventajas.»

II.

Como orador *político*, Ciceron no ha sido generalmente juzgado con acierto, con imparcialidad y buena fe.

El mérito de sus discursos se ha desconocido y se ha negado no pocas veces cediendo á consideraciones que la crítica no debe nunca tomar en cuenta, que no son en manera alguna de su jurisdicción ni competencia.

Si se nos dice que Ciceron nació para *abogado*; que en un período histórico normal, menos agitado y turbulento no hubiera sido ni debido ser otra cosa; que como hombre público no tiene la talla,

la altura que como orador forense, nosotros no negaremos la exactitud de estas observaciones.

Pero de esto á cerrar los ojos á la evidencia; de esto á acriminarle ágría y severamente; de esto, en fin, á pretender rebajar el valor artístico y literario de sus *Catilinarias* y sus *Filípicas*, hay una gran distancia.

Alma demasiado impresionable; carácter poco enérgico y decidido; corazón noble y sincero, no aprendió á fingir ni á cerrar su pecho á las sugerencias de su conciencia.

Fué siempre el mismo: ni el tiempo ni los años le enseñaron á sobreponerse ni á imponerse á los demas.

Con un prestigio y un talento superior al de Pompeyo, al de César y al de Octavio, fué dócil instrumento de estos ambiciosos y juguete de los bandos que sucesivamente capitanearon para conseguir el poder.

Se le censura por lo que merece mayor y más grande elogio; por no haber querido transigir, por no haber querido contemporizar un solo instante con los enemigos de toda autoridad, de todo principio de orden y de justicia, de todo bien y prosperidad para su patria.

Azote perpetuo de la demagogia; constante y valeroso ariete de los encubiertos tiranos de la república, á oírse sus consejos y seguirse sus inspiraciones, Roma se hubiera salvado.

Los ruegos de su mujer, de sus amigos y admiradores le decidieron á solicitar los primeros puestos y las más importantes magistraturas; su carácter, sus gustos, sus aficiones, le llamaban de continuo al reposo, al sosiego y á los goces del campo y del estudio.

En su primer destierro pretendió ya reunir su modesto patrimonio y establecerse en Atenas, «á fin de consagrar, dice Plutarco, el resto de sus días, á la contemplacion de lo bello, á la averiguacion de la verdad y á los goces del arte.»

En medio de las vicisitudes y los azares de su existencia, mostróse siempre partidario de los placeres puros y tranquilos de la familia y la amistad.

A su regreso de la Grecia, como hemos visto (1), vive algunos años alejados voluntariamente de los partidos, sin pretender nada de sus jefes, que se le disputaban, ni del pueblo que le quería, hasta el punto de verse todos obligados á menospreciarle por el menosprecio que él hacía de los demas. Roscio, el actor, era su mejor amigo y uno á otro se estudiaban; «el actor, esforzándose, dice Lamartine, en imitar las entonaciones, las actitudes y los gestos que la misma naturaleza inspiraba á Ciceron; el orador, aprendiendo la accion que el arte enseñaba

á Roscio, de cuya lucha entre la naturaleza que inspira y el arte que acaba, resultaba para el actor y para el orador la perfeccion, que consiste para el actor en no fingir nada en el teatro que no salga de la naturaleza, y para el orador el no enseñar en la tribuna nada que no sea reconocido por el arte y conforme á esa suprema conveniencia de las cosas que llamamos belleza y sabiduría.»

En sus discursos, en sus obras, y sobre todo en sus *cartas*, Ciceron suspira de continuo por el alejamiento, la soledad, el amor y el estudio.

Siempre que vuelve á la vida retirada, despues del ejercicio de los cargos públicos, se muestra contento, y se consagra con mayor ardor á sus escritos, que «dedica, dice, á la *ilustracion* y al *consuelo* de los romanos.»

No tienen, por lo comun, sus discursos políticos la fuerza, la energia, la behemencia que requiere la tribuna, y á que los romanos estaban acostumbrados. Si por acaso muestra el ardor y la ceguedad del tribuno, presto transige, luego cede, olvida y perdona.

Esto que le ennoblece á nuestros ojos, le perjudica en el concepto de aquellos que no aprecian los verdaderos móviles de su conducta, de aquellos que miran la elocuencia de Ciceron al traves del prisma de sus opiniones de escuela y de partido, y no ceden un punto aunque reconozcan en el fondo el mérito que la distingue y señala.

Frecuente cosa es que los partidos hagan causa comun con los errores de aquellos que en el pasado les son afines. Como si pudiera estimarse de igual manera la libertad en todos los países, en todas las naciones y en todas las épocas; como si lo que conviene á un siglo fuese idéntico y adaptable á otro; como si un grado de civilizacion y de progreso exigiese iguales *fórmulas* é idénticos *procedimientos* que otro distinto.

Y así, como bajo estas equivocadas impresiones se juzga y se escribe la historia, así se ensalza ó denigra de igual manera á los hombres superiores, lanzando contra ellos anatemas que no merecen, ó rebajando su mérito por espíritu de intransigencia, de rutina ó de cálculo.

Vindicar á Ciceron en este sentido es vindicar su elocuencia siempre robusta, siempre grande, aun en sus composiciones más tenues y desprovistas de interes, como dice oportunamente el A. Andrés.

Pudiendo haber sido dueño de Roma, Ciceron dejó siempre que lo fueran otros despues de servirse de él y de fingir hipócritas cualidades que estaban léjos de poseer.

Ciceron fué seducido, engañado, y esto le honra tanto más, cuanto que los que así burlaron su sinceridad, invocaron para ello los nombres augustos de patria y libertad, que el orador romano amaba con

(1) En la biografía.

delirio, y por los cuales no escaseó nunca sacrificio alguno.

Berryer elegía su *indecision*, porque á ella atribuye la variedad y los distintos tonos, los diversos matices de la elocuencia política de Ciceron.

Plinio hace una magnífica apología de las *Catilinarias* y las *Filípicas*, y desdeña las magníficas acusaciones contra *Verres* y la sublime y conmovedora defensa de *Milon*.

«Si Ciceron,—dice Berryer,—hubiese abrazado franca y resueltamente el partido de César, el de Pompeyo, el de Antonio y Catilina, se habria perdido la mitad del mérito de su elocuencia, puesto que la gran significacion política que esto le hubiera dado, le habria hecho perder en cambio aquella flexibilidad que admiramos en él y que nos revela las indecisiones, las fluctuaciones de su carácter y las luchas perpetuas de su alma.»

Berryer aprecia, en nuestro sentir, al expresarse así, como se merece la oratoria política de Ciceron, es decir, la aprecia más por su lado artístico y literario que por su lado político, que es como nosotros en estos estudios estamos llamados á presentarla y ofrecerla á la consideracion de nuestros lectores y al ejemplo de la juventud.

Ciceron defendió la libertad de su patria cuando la república llevaba en su seno los gérmenes de su ruina. Su palabra fué en su época la única inspirada en libres y patrióticos sentimientos.

Todos sus discursos políticos los pronunció ó compuso Ciceron después de su elevacion al consulado, y á excepcion de su oracion *pro lege Manilia* y *contra Catilina*, las demas son comunmente censuradas y tenidas por muy inferiores á sus alegaciones ó informes forenses. El tribuno Rullo habia propuesto el restablecimiento de la ley agraria para la reparticion de las tierras conquistadas, y Ciceron le contestó en tres discursos, pronunciados uno en el Senado y los otros dos ante el pueblo.

Su estilo en estos trabajos es sencillo y natural; sencillez y naturalidad hermanadas con la mayor grandeza cual sólo se ve en Ciceron.

Más vehementes, más enérgicas las *Catilinarias*, no hay crítico que se atrave á desconocer su mérito artístico y literario.

¿Qué hay, qué puede haber de superior, de más enérgico y elocuente al sublime *apóstrofe* con que las da principio? Apóstrofe que, segun Lamartine, ha dejado sobre el nombre de Catilina una huella idéntica á la que el fuego del cielo deja sobre un monumento arruinado.

El pensamiento se precipita, la palabra se hace breve, la indignacion y el patriotismo no dejan tiempo á la reflexion, al cálculo ni al estudio (1).

(1) *Quousque tandem, Catilina, abutere patientia nostra...*

La palabra humana se ha elevado rarísima vez á semejante altura.

La primera de las *Catilinarias* es la mejor; las otras no valen tanto, bajo el punto de vista del género á que pertenecen. Destinadas á congratular al Senado, á dar gracias á los Dioses y á demostrar que debian ser castigados los cómplices de Catilina, carecen de la energía y la fuerza de la primera.

En cuanto á su oracion *pro lege Manilia*, hay muchos que la conceptúan superior como arenga política á las *Catilinarias*. Es ciertamente una de las más hábiles y más notables de Ciceron.

Ciceron, como orador político, se diferencia y separa mucho de los demas oradores griegos y romanos; es una excepcion y una especialidad.

Se revela en sus oraciones políticas más al *abogado* que al *tribuno*. Es por lo comun más dulce y persuasivo que enérgico y varonil; más correcto, más sutil é ingenioso que espontáneo y libre; pero de advertir es que esto era lo que convenia á un auditorio grave, austero, razonador; lo que exigia un idioma como la lengua latina, muy diversa de la griega, aun después del influjo que en la misma se hizo sentir después de la comunicacion literaria de ambos pueblos.

Cualquiera que sea, dice un historiador, el puesto que los diferentes juicios y gustos señalen á Ciceron entre los principales ingenios de la antigüedad, nadie rehusará el colocarle en el número de los hombres de más talento de los tiempos pasados.»

A. BRAVO Y TUDELA.

(Concluirá.)

DIVERSAS FORMACIONES CELULARES

(Continuación.) *

SUSTANCIAS PROPIAS DE LA CÉLULA VEGETAL.—CLOROFILA.—Como hemos dicho ántes, se denomina clorofila á la materia verde que, bajo la forma de masas más ó menos redondeadas ó caprichosas, da color á los elementos vegetales. Los granos de clorofila se muestran siempre en medio del protoplasma: á veces se ofrecen estos en contacto con las paredes celulares; cuando una pelota de sustancia fundamental rodea al núcleo, nacen en ella los granos de la materia que nos ocupa. En inmediato contacto con los vacuolos no se ven nunca los citados gránulos: una capa de protoplasma hialino los separa siempre de estos últimos órganos.

La generacion de la clorofila, ó mejor dicho, la de

* Véase el número anterior, pág. 367.



los cuerpos que la contienen, se debe siempre á una especie de segmentacion.

En determinados momentos se ven redondearse á determinadas porciones del protoplasma agrupándose alrededor de varios puntos. Estos pueden estar alejados unos de otros ó próximos. En el primer caso no habrá contacto entre los granos recién formados; estos ofrecerán entonces la forma esférica. En el segundo, se podrán tocar sus superficies y comprimirse mutuamente: en las citadas condiciones se manifiesta la forma poliédrica. Puede notarse en lo anterior que desde un primer momento tiene ya lugar la aparicion de estas dos diferentes hechuras.

Además, los granos engendrados de tal modo constan de dos partes diferentes.

Tratados, como se aconseja ordinariamente, por la bencina, por el alcohol, por el éter, por el cloriformo y por otras sustancias diversas, se les decolora: la sustancia más propiamente colorante es arrastrada por dichos disolventes: la fundamental en que se encuentra ésta queda en el mismo sitio en que se hallaba. La última conserva no sólo su forma, sino que tambien aparentemente guarda su volúmen, y este hecho nos dice á la vez: 1.º, que en ella es donde reside la facultad de presentar una forma determinada, hallándose la otra simplemente como tiñéndola; 2.º, que la primera entra por muy escasa proporcion y se halla infiltrada entre los intersticios de aquella. Reunidas las dos, forman verdaderamente el cuerpo clorofiliano; pero la segunda parece ser el centro de la actividad de éste, y la primera una materia elaborada mediante la accion de dicha energía en determinadas condiciones.

La materia tintórea necesita para formarse de la presencia del hierro.

La sustancia fundamental de los gránulos presenta los mismos caracteres que el protoplasma.

Acerca de la sustancia verdaderamente tintórea, se conoce muy poco. Respecto de la segunda, puede afirmarse todo lo que se ha dicho del protoplasma. Cuando los granos de clorofila son jóvenes, son muy blandos y untuosos al tacto; puestos en el agua se forman en ellos vacuolos que aumentan luego de volúmen trasformándose en verdaderas vesículas. Los gránulos más viejos se ofrecen ya como coagulados en parte y no se prestan tan fácilmente á tales acciones. En una condicion análoga á la última se hallan dichas masas cuando se ha extraido de ellas la materia colorante: los disolventes con que se realiza esta operacion, semejan ejercer tambien la indicada accion coaguladora.

Su diferenciacion física y química es tan marcada como en las demas masas protoplásmicas.

Los granos de clorofila crecen, y creciendo, llegan al contacto los que ántes no lo estaban, y se

comprimen cada vez más fuertemente los que se hallaban ya en dichas condiciones. Merced á esta variacion pueden alcanzar las formas más caprichosas.

Veamos cómo ha podido llegarse á la comprobacion de los principios expuestos.

Si nosotros atendemos al interior de diversas células y vamos comparando sucesivamente, por ejemplo, los elementos histológicos de los vegetales superiores con los corpúsculos que constituyen á las algas de todos los grupos, notaremos fácilmente que la forma de los cuerpos clorofilianos es en ellos muy caprichosa y variada. En unos se descubren una serie de gránulos redondeados que, aún teniendo la misma significacion que todos los demas, han recibido el impropio nombre de *granos de clorofila*; en otros existen masas más ó menos aplastadas ó elipsoidales, y reunidas en mayor ó menor número dentro de cada contenido celular; en los terceros aparecen ya dichas masas limitadas por numerosas facetas y en forma de poliedros; en otros cuartos poseen el aspecto estrellado, ó de núcleos dotados de apéndices filiformes; y, por último, se dan tambien algunos casos en que se extienden en fajas ó en espiras.

¿De qué proceden tan opuestas condiciones?

Acabamos de indicar que los cuerpos clorofilianos son masas protoplásmicas teñidas por una materia colorante, y esto nos debe hacer comprender que tienen todas las mismas propiedades, y están sujetas á cambios idénticos á los que hemos descrito al hablar de la sustancia fundamental.

Apreciando mayor número de circunstancias, notaremos la siguiente serie de coincidencias:

Primero, las masas que tienen la forma esférica se hallan libres y son relativamente más pequeñas.

Segundo, aquellas que son elipsoidales se encuentran tambien separadas unas de otras; pero poseen ya mayor volúmen que las anteriores.

Tercero, las que aparecen como poliedros están agrupadas en gran número en un mismo sitio y se comprimen entre sí.

Cuarto, las estrelladas se hallan dispuestas dentro de células en cuyo contenido no se advierte gran homogeneidad, por lo ménos durante la formacion de aquellas.

Quinto y último, las dispuestas en espira pertenecen siempre á células que han sufrido grandes dilataciones longitudinales.

Asociando ahora y comparando entre sí los anteriores datos, vendremos ya á deducir que allí imperan primero las fuerzas moleculares, y reciben despues la superposicion á estas de los efectos de la gravedad, de las presiones exteriores ó del desarrollo de la membrana. La reunion de todas estas actividades es efectivamente la única que puede dar com-

pleta cuenta de las particularidades observadas. Estas apariencias son casi todas las mismas que hemos visto presentarse ya en el protoplasma; pero aquí tomando sólo lo anterior como una ligerísima indicación, se podrá llegar aquí á mayores comprobaciones, aplicando á este caso métodos idénticos á los que allí nos sirvieran.

Empleando primero la observación directa, se ve que no hay cambio de la forma esférica hasta que el volúmen se hace más considerable. Cuando lo anterior sucede, la gravedad va influyendo ya de una manera cada vez más apreciable y deprime al cuerpo clorofiliano.

En todas las ocasiones en que estos granos se multiplican rápidamente, se nota que al llegar al contacto principian á obrar los unos sobre los otros, apareciendo en aquellos puntos planos de separación. Los gránulos que sean así comprimidos en diversos sentidos, serán limitados por tales superficies en todas estas direcciones. Una observación paciente y continuada permite descubrir, por lo tanto, la formación de los susodichos poliedros.

Atiéndase á los distintos estados por que va pasando una célula de *Zignema*, y se comprenderá que sus cuerpos clorofilianos crecen extendiéndose por aquellos sitios en que encuentran menor resistencia, y adquiriendo de este modo la forma estrellada bajo la cual la contemplamos después.

Si se comparan los diversos períodos por que atraviesan los elementos histológicos de las *Spirogyras*, se notará bien evidentemente que las masas protoplásmicas principian por construir un saco parietal al ensancharse la membrana, y que el ulterior crecimiento en longitud de aquella determina la rasgadura de la indicada guarnición por ciertos puntos, constituyendo así las elegantes espiras que ostenta en su estado adulto.

Pero este procedimiento es muy pesado, y además deja pasar desapercibidos siempre gran parte de los estados intermedios.

En su sustitución, ó á continuación de él, puede usarse otro que podremos calificar de inverso. Los cuerpos clorofilianos, lo mismo que el protoplasma, se desarrollan mediante la absorción de agua, y reciben gran parte de sus modificaciones á consecuencia de su última unión con la membrana. Si nosotros retiramos la primera por medio de materias desecantes, y conseguimos al mismo tiempo la separación desde la envoltura celular solidificada, podremos obtener el regreso de aquellos á su primitivo estado, y examinar todas las formas intermedias por que va pasando.

La aplicación de este segundo método ha conducido á los mismos resultados que el anterior.

Las élices de los *Spirogyras*, por ejemplo, que son indudablemente las más rebeldes á tales cam-

bios, unen, sin embargo, inmediatamente sus vueltas, se desprenden de la membrana, se constituyen en aproximadas superficies cilíndricas, disminuyen cada vez más el espacio hueco que queda dentro de ésta, y llegan á formar, por último, una verdadera masa unida y de hechura más ó menos redondeada (1).

Lo que indicamos acerca de este caso, podría decirse también de todos los demás.

Los cuerpos clorofilianos se conducen, por lo tanto, como verdaderas formaciones protoplásmicas; y repetiremos que su constitución y sucesivas modificaciones son la constitución y modificaciones de la sustancia fundamental. Las circunstancias dinámicas particulares en que se colocan son sólo las que los diferencian en algo, haciéndolos aptos para la generación de la clorofila; una vez creada ésta, son ya centros mucho más importantes de elaboración de productos y de desarrollo de energía.

Tales son los principales fenómenos que acompañan á la determinación de la forma de la sustancia que nos ocupa.

Su estructura es bastante semejante en algunos detalles á la que presentan todas las esferas líquidas. La capa superficial es la que posee mayor densidad; su interior es mucho más fluido. Entre un extremo y otro se encuentran capas de densidades sucesivamente decrecientes. No se nota en ellas la presencia de una membrana bien determinada; pero aunque limitándose sólo al caso de la *Bryopsis plumosa*, ha sido posible observar una división de las porciones más exteriores en un doble sistema de láminas cruzadas semejantes á las cutículas de las envolturas celulares.

El trabajo químico de los granos de clorofila se traduce, ante todo, por la creación en su interior de granos de almidón.

Los citados corpúsculos de fécula aparecen primeramente de una manera apenas visible. Sobre la tinta verdosa de la clorofila se advierte un punto dotado de distinta refringencia; luego crece éste; invade poco á poco el espacio que ocupa el cuerpo que le contiene; la clorofila llega á quedar reducida á una túnica verdosa que rodea á éste, y últimamente desaparece. De este modo llegan á ofrecer las células un contenido amiláceo, en vez de la clorofila normal que ántes poseían.

La constitución de la clorofila comprende una parte de los términos de otra serie más extensa.

La aparición de la materia verdosa dentro de estas masas, representa ya un cierto período de la evolución. Los granos de clorofila aparecen efectivamente incoloros en las *Bryopsis* y *Vancherias*, y

(1) Los principales ejemplares en que hemos hecho estos ensayos nos han sido traídos del sitio denominado Fuente del Arzollar, por el profesor D. Eduardo Boschá.

amarillentas en las hojas de ciertas fanerógamas, sufriendo luego su enverdecimiento á medida que la luz obra sobre ellos. La influencia del calor parece sustituir algunas veces á la de esta última en la misma función: así se nota que en los helechos y coníferas se realizan tales cambios en medio de la oscuridad. (1)

Las modificaciones de la clorofila dan lugar á numerosos derivados, de los cuales merecen citarse los siguientes:

1.º Los dos principios, uno verde y otro rojo, que se encuentran en las *Florideas* (1).

El primero, que había sido considerado como clorofila ordinaria, se halla poco separado todavía de esta sustancia, es insoluble en el agua y soluble en el alcohol. El segundo, que se disuelve, por el contrario, en aquel vehículo y resiste á la acción de éste, había recibido antes el nombre de *Phycerythrina*.

2.º La *etiolina* ó principio amarillo que colorea á las plantas aisladas.

3.º La *anthoxanthina* que se encuentra en los pétalos amarillos.

4.º La *xanthophylla*, materia colorante que poseen las hojas en otoño.

5.º La *solano-rubina*, descubierta por Millardet en los tomates (2).

La derivación de este último cuerpo desde la clorofila ha podido ser observada directamente. La *solano-rubina* es insoluble en el agua y muy poco soluble en el alcohol: se disuelve en mayor proporción en el sulfuro de carbono, en el éter, en la bencina y en el cloroformo: sus disoluciones no son fluorescentes. En el interior de la célula del fruto que la contiene aparece bajo la forma de unos cristales sumamente finos. Si se la trata por el ácido sulfúrico, adquiere una tinta azul; cuando se la altera ó destruye por cualquier medio, pierden los tomates su coloración roja intensa. La madurez de éstos marca el momento de la aparición de aquella. En su espectro se distinguen cuatro bandas principales: una en el añil, otra en el azul y dos en el verde.

A los anteriores derivados podrían agregarse otros muchos cuya composición y propiedades no se hallan bien conocidas.

ALMIDON.—Bien conocida es la sustancia que denominamos almidon ó fécula.

Extraída de las plantas, preparada en masas algo considerables y estudiada químicamente, presenta

(1) H. Pringsheim. Sobre la naturaleza de las modificaciones de la clorofila y los principios colorantes de las *Florideas*, Berlin, Diciembre de 1875.

(2) A. Millardet. Nota sobre una nueva sustancia colorante (solano-rubina) descubierta en el tomate, Nancy, 1876.

los caracteres de ser blanca, pulverulenta, inodora, insípida, poco soluble en el agua, y completamente insoluble en el alcohol y el éter. Encerrada todavía en las células, ofrece el aspecto de unos gránulos dotados de formas que varían según las distintas especies vegetales en que se hallan, dotados de superficies que á primera vista aparecen surcadas por diferentes curvas, y cuyas dimensiones oscilan por regla general entre 70 y 185 milésimas de milímetro.

Tanto en un estado como en otro, se ha podido comprobar que es susceptible de sufrir un aumento considerable de volumen bajo la influencia del agua caliente. Lo mismo en las primeras que en las segundas condiciones cambia su color por un azul violáceo, tan luego como es puesto en contacto durante algunos momentos con la tintura alcohólica de yodo.

Hé aquí además algunas propiedades que se demuestran en la materia amilácea ya preparada.

La acción de los fermentos, de los ácidos diluidos y de la potasa, la ebullición á 100 grados, y las temperaturas que llegan á 160, la desdoblán en una materia blanca, semitransparente, de aspecto gomoso, muy soluble en el agua é insoluble en el alcohol, que se denomina *dextrina*, y otra incolora, dotada de una como tendencia á cristalizar y soluble en el alcohol, que ha recibido el nombre de *dextrosa*. Mediante la acción de diversos agentes, se consigue también el tránsito de la primera á la segunda.

La fécula es trasformable también en ácido oxálico mediante la acción del nítrico.

Indicado, siquiera sea ligeramente, lo anterior, entremos en el estudio de esta sustancia, tal como se muestra en el contenido celular.

Los granos de almidon constituyen, como hemos dicho, uno de los cuerpos figurados más importantes que se encuentran en el interior del elemento histológico vegetal. Su forma es esférica en los más jóvenes; lenticular en el trigo; elipsoidal en los cotilédones de las judías y guisantes; ovóidea, más ó ménos irregular, en la patata; constituida por numerosos fragmentos poliédricos en el albúmen de la avena; de aspecto de mora en la calabaza.

Su estructura es también variada, por más que un detenido exámen permita reducir todos los tipos á una serie común.

Figurémonos por un momento que se tuvieran un conjunto de esferas concéntricas, y veríamos aproximadamente representada por esto la de los granos ya algo desarrollados, pero que conservan todavía la forma citada; admitamos que estas esferas fueran comprimidas á la vez ó simultáneamente, y resultarían condiciones análogas á las que manifiestan los lenticulares y elipsoidales; consideremos que su

espesor aumenta, aunque no de una manera regular, que en un momento es casi nulo su crecimiento; que en el que se halla diametralmente opuesto presenta éste un máximun, y que del uno al otro, y en todas las direcciones posibles alrededor del primero, aumenta dicho grueso de una manera insensible hasta el valor que presenta en el segundo: estas son las condiciones que poseen los granos de almidon en la patata.

Añadamos, sin embargo, á lo anterior, que tales formas y estructuras no pueden ser consideradas como propiedades que cada uno de ellos presenta desde su origen mediante las influencias que ejercen unas ú otras especies vegetales. Estas variaciones indican por el contrario que en cada uno de los tipos es llevado más adelante el crecimiento, por más que tal desarrollo recorra en todos el mismo período. Comprueba la verdad de este principio el hecho de que todos los granos jóvenes son esféricos y casi compactos, cualquiera que sea la planta á que pertenezcan: el trascurso del tiempo lleva consigo esta diferenciación que puede estudiarse directamente.

Así, por lo tanto, podemos aprovecharnos de la existencia de estas formas y estructuras para marcar la serie de desarrollo.

Los granos jóvenes aparecen, como ya sabemos, bajo el aspecto de un punto en medio de los cuerpos clorofilianos: su forma es redondeada, su estructura homogénea. Despues crecen; en su interior aparece una especie de hueco lleno por materia menos densa. En nuevos períodos se forma allí un núcleo acuoso, que no es sino el espacio antedicho ya desarrollado, y la porcion superficial que le rodea se segmenta en tres capas, una menos densa en medio, y dos de densidad más considerable, que encierran á la anterior. Cuando el volúmen aumenta mucho, la forma se va al mismo tiempo separando de la esférica para ser discoidea, elipsoidal ú ovoidea. Las capas nuevamente formadas crecen á su vez; las que adquieren suficiente grueso se desdoblán de nuevo en otras tres; en las poco densas aparece en medio una más opaca y á sus lados dos diáfanas; las más densas dan lugar á la misma segmentación que describimos en primer término. Si el crecimiento no se realiza por igual en las diversas direcciones alrededor del centro, todas las capas, tanto las primitivas como las procedentes de diferenciación, presentan aquella serie de espesores sucesivamente crecientes á que ántes aludimos. Así es como se forman los granos ovoideos.

Mas no son estas ni las únicas ni las más complicadas formas que presentan los granos de almidon.

Hemos hablado ántes de gránulos compuestos por fragmentos poliédricos y deberemos decir, por lo ménos, alguna cosa sobre su modo de formación.

Dichos cuerpos proceden siempre de granos de almidon en los cuales se ha segmentado el núcleo ántes de que estos tomaran un gran desarrollo. Cuando esto sucede, las capas se van diferenciando conforme ántes se expuso, pero haciéndolo á la vez alrededor de los dos núcleos. La más completa segmentación de estos tiende á separarlos, y produce por tensión una hendidura perpendicular á la línea de los centros que se propaga hasta las capas más exteriores. Si cuando los núcleos se segmentan existen ya formadas varias capas, estas quedan envolviendo al doble sistema de las que se desarrollan despues. La producción de dos, tres ó más hendiduras en un mismo grano multiplica el número de los fragmentos que luego se observan en él (1).

Réstanos añadir que todos estos crecimientos parecen realizarse por intussuscepción. Razones análogas á las expuestas al tratar de la membrana obligan á dar la preferencia á tal hipótesis; creemos, por lo tanto, no tener necesidad de repetir las.

Los granos de almidon se encuentran siempre formados por dos sustancias, á saber: 1.ª, la *granulosa*, que es fácilmente soluble y se tiñe de un hermoso azul bajo la acción del agua y del yodo, entrando en la proporción de un 94 á un 98 por 100 del peso total de la sustancia amilácea seca. 2.ª, la *celulosa amilácea*, mucho ménos soluble, de reacciones muy semejantes á las de la celulosa ordinaria, que forma de un 2 á un 6 por 100 del peso total. Agregándose á estas sustancias agua y algunos ligeros indicios de materias minerales, se habrá formado la lista entera de los cuerpos químicos que constituyen á los indicados gránulos.

Debe tenerse en cuenta, además, que dichas materias se encuentran dispuestas en intimísima mezcla. Si se extraen varias de ellas, y se deja únicamente una sola, permanecerá ésta bajo la forma de un esqueleto más ó ménos tenue, pero de una hechura semejante á la que presentaba todo el grano; y es lo cierto que tal principio no ha podido ser comprobado directamente para la granulosa, mas el hecho de cumplirse en la celulosa amilácea y para las materias minerales lleva consigo la demostración de que aquella se halla íntimamente mezclada á estas. Decirlo de unas ó de otras, es afirmar la misma cosa con palabras diferentes.

Para ser utilizado por la planta, el grano de almidon necesita ser disuelto. Lo que no se alcanza nunca completamente en el exterior de la célula, se consigue en ella mediante las acciones que ejercen sobre tal sustancia por un lado el protoplasma y por otro las variadas materias contenidas en los jugos celulares. Esto hace ver que las condiciones

(1) No se debe confundir á estos cuerpos con los que se originan mediante la soldadura de otros granos que han nacido en un mismo cuerpo clorofiliano.

dinámicas son muy distintas en un caso y en otro.

La descomposición de los granos bajo la influencia de los indicados agentes se realiza de varias maneras.

Unas veces desaparece la *granulosa* por completo antes de que haya podido ser disuelta en proporción alguna la materia unida á ella; en otras ocasiones el gránulo es el atacado en ciertos sitios, roto en varios fragmentos á consecuencia de lo anterior, y destruido luégo por partes de una manera sucesiva. Cuando esto segundo ocurre, podemos darnos cuenta de la marcha del fenómeno, valiéndonos de la tintura de yodo: los sitios donde hay todavía granulosa, se tiñen de azul; aquellos en que tal materia no existe ya, afectan una coloración de un rojo cobrizo. La predominancia de uno ú otro de estos matices nos da las indicaciones pedidas, mostrándonos cuál es la materia que allí sigue entrando por mayor proporción.

Cuando los granos de almidon son calentados en el agua á 55 grados, aumentan de volúmen y se produce el *engrudo*.

Veamos cuáles son las condiciones de los demás elementos figurados que se hallan en las células vegetales.

ENRIQUE SERRANO FATIGATI,

Profesor del Instituto de Ciudad-Real.

(Concluirá.)

VIAJE SOBRE UNA BALLENA.

AVENTURAS DEL CAPITAN ROBERTO KINCARDY.

CAPITULO XV.

LAS ISLAS DE TRISTAN DE ACUÑA.—LA NUEVA BARATARIA.—MAL ENCUENTRO.—LOS PILOTOS.—MISS VICTORIA EN PELIGRO.—LUCHA DE TARQUIN CON UN TIBURON.—VALOR DE PICOU.—LOS TIBURONES.—CAPE-TOWN.—GUIGNARD Y TONY-HOGG.—UNA PATRULLA DE HOTENTOTES POR EL SUELO.

Roberto Kincardy meditó un instante sobre la ruta que debían seguir.

—Si costeamos el litoral oriental de la América,—dijo,—nos veremos obligados á atravesar constantemente corrientes templadas, además de que el mar de las Antillas está poblado de animales marinos feroces, y ambas razones harán que *Fanny*, incomodada ó asustada, rehuse marchar como es debido.

—Pues bien,—replicó Montgeron,—lancémonos al Océano Atlántico.

—Esa ruta me convendría más; pero los puertos de refugio son muy escasos. Iremos, pues, á tomar la gran corriente polar antártica que va del cabo de Hornos al cabo de Buena-Esperanza y sube por la costa africana hasta el golfo de Guinea. El curso de esta corriente es muy rápido y favorecerá la marcha de la ballena. Descansaremos en las islas de Tristan de Acuña en el Cabo, y volveremos á subir conservando la proximidad á tierra.

Roberto modificó ligeramente la dirección que había tomado *Fanny*, y la dirigió al Nordeste. Al tercer día distinguieron la Georgia meridional (20 grados longitud O. por 54 grados latitud S.), isla sumamente grande, inhabitada, montuosa y casi constantemente rodeada de espesos matorrales. Al Sudeste encontraron las islas del Marqués de Travesse, de cuyas islas una tiene un volcan. A medida que los viajeros se alejaban de las tierras antárticas, el clima se dulcificaba y perdía en dureza. Bien pronto los rayos del sol rompieron el cortinaje de nubes, esparcieron sobre las olas vivísima luz y confortable calor. Ningun accidente notable marcó tan larga travesía. Aprovechando la velocidad de la corriente, la ballena avanzaba tan rápidamente como un tren á todo vapor. En todo el trayecto, solo encontraron tres ó cuatro buques ingleses, porque por aquellos lugares la mar es muy poco frecuentada. Por fin, el 7 de Agosto apercibieron las islas de Tristan de Acuña.

Estas islas (tres) llevan el nombre del capitán que las descubrió en 1506. Tienen excelentes aguas, dos magníficos puertos, abundan en pájaros de todas clases, en cabras y otros animales. Situadas bajo un clima privilegiado, se desarrollan la agricultura y cultivo en todas sus manifestaciones. Las Acuña pertenecen á los ingleses desde 1815, época en la que establecieron una guarnición para vigilar la isla de Santa Elena, en la que estaba desterrado Napoleón. Después de la muerte del prisionero emperador, dicha guarnición desapareció. No quedan más que un corto número de familias que viven con un régimen verdaderamente patriarcal y con los productos de tan fértil tierra.

—Otro reino liliputiense,—exclamó Kincardy, señalando las Acuña,—semejante á las islas de Pascua, durante el reinado de Picou.

—¿Cómo es eso?—dijo Máximo Montgeron:—¿acaso esas islas no están bajo el dominio de Inglaterra?

—Solamente desde 1815. No sé cómo calificar esa sed de dominación que se apodera del hombre cuando puede ejercer un derecho cualquiera de soberanía sobre un palmo de terreno. ¡Cuántos Sanchos Panzas que aspiran á gobernar una Barataria! En 1810, uno de mis compatriotas, Lumbert, llegó á las islas de Acuña; y el 5 de Febrero de 1811 envió

Veáanse los números 178, 179, 180, 182, 183, 184, 185 y 186, pags. 124, 155, 182, 250, 280, 300, 348 y 378.

un mensaje á todas las potencias del mundo, manifiesto salido de una chancillería imaginaria, refrendado por un ministro de Estado, el marinero Andrés Millet, anunciando á todos los monarcas que tenían un nuevo compañero.

Lambert, en efecto, se declaraba rey de esas islas; pero sin duda no encontró fácilmente una lista civil, ni los honores debidos á su rango, pues abandonó las Acuñaas en 1813.

Los viajeros fueron perfectamente acogidos por los habitantes de las islas; renovaron la provision de agua, y la hicieron de varias parejas de pintadas, aves salvajes que viven especialmente en la isla llamada Inaccesible. Se detuvieron tres horas, y volvieron á partir para ganar el Cabo.

Después de haber recorrido 200 ó 300 kilómetros, *Fanny* demostró algunas inquietudes. Soplaba con más fuerza que de costumbre, y se apartaba de la línea recta, describiendo algunas curvas inesperadas.

—¿Habrá cachalotes por aquí cerca?—murmuró Tony Hogg.

—No lo creo,—respondió Roberto;—esos animales pasan raramente los trópicos.

—Somos escoltados por tiburones,—exclamó Montgeron.

Y designó un resplandor argentífero que aparecía y desaparecía en la estela trazada por la ballena. Toda la tripulación miró con ansiedad en la dirección indicada, y distinguió dos enormes tiburones, de ocho á diez metros de largos, nadando con gran velocidad, eckándose á un lado y á otro, mostrando sus largas bocas y sus blancos vientres. Ningun animal produce tanto temor á los marinos como la vista de este feroz enemigo. Tarquin, Guignard y Tony Hogg se armaron en el acto de lanzas, picas, hachas y revólvers.

—Creía que estos escualos no atacaban nunca á la ballena,—dijo Montgeron.

—¡Hum, hum!—replicó Tony:—lo ignoro; pero puedo afirmaros que un trozo de lardo no les desagradará. Frecuentemente cuando subimos ballenas á bordo de nuestros buques para despedazarlas, llegan los tiburones y se llevan hasta veinte quintales de grasa ántes de que tengamos tiempo de cazarlos. Si ese condenado animal (que Dios confunda y extermine) muestra su afición á la ballena muerta, es de creer que le satisfaga mucho más la viva.

—Pues bien, preparémonos á recibir á esos monstruos con todos los honores que se merecen.

Todo el mundo, incluso miss Victoria y el tímido Picou, que temblaba algun tanto, ocuparon su sitio sobre el puente del *hydrostat*. Guignard señaló cinco ó seis pescados un poco más grandes que los arenques, de color gris azulado, que corrían de un lado á otro; llegaban hasta *Fanny*, volvían á los ti-

burones, repitiendo constantemente este movimiento de ida y venida.

—Son los *pilotos*,—dijo Roberto Kincardy.—Pertenecen al orden de los acantopterygios, familia de los escomberoides, y sirven de exploradores á los escualos.

Esta explicacion era exacta. El piloto precede siempre al tiburón, y le guía hácia su presa. Este hecho indudable ha sido confirmado por Geoffroy-Saint-Hilaire, y no podemos resistir al deseo de reproducir su curiosa observacion, que sin duda alguna será agradable á nuestros lectores.

«El 6 prairial, año VI, escribe el gran naturalista, me encontraba á bordo de la fragata *Alceste*; no lejos de la isla de Malta. La mar estaba tranquila; los pasajeros, cansados de una calma prolongadísima, cuando su atención se fijó en un tiburón que avanzaba hácia el navío. Iba precedido de sus pilotos, que conservaban igual distancia entre ellos que entre el cartilaginoso animal; los dos pilotos se dirigieron á la popa del buque, la reconocieron dos veces por uno y otro lado, y después de haberse asegurado de que por allí no había nada que les conviniera, tomaron de nuevo el camino que ántes habían seguido. Durante sus movimientos, el tiburón no les perdió de vista, ó mejor dicho, los siguió como si hubiese sido arrastrado.

Apénas fué distinguido el animal, cuando un marinero preparó un grueso anzuelo cubierto con un gran trozo de lardo, pero el tiburón y sus compañeros se hallaban á 25 metros de distancia, por lo que echó á la casualidad el pedazo de lardo al mar. El ruido de la caída se extendió bastante lejos, y los viajeros acuáticos, asombrados, se detuvieron: los pilotos se destacaron en el acto y se acercaron al buque para informarse de lo que ocurría. El escualo, mientras tanto, se entretenía graciosamente en el agua; se echaba de un lado ó de otro; se tumbaba panza arriba; se zambullía, pero siempre permanecía en el mismo sitio. Los dos pilotos llegaron á la popa de la *Alceste* y pasaron junto al lardo, y no bien lo hubieron apercebido, volvieron rápidamente hácia el tiburón. Como se esperaba, éste continuó su camino: entónces los pilotos, nadando uno á su derecha y otro á su izquierda, hicieron todo género de esfuerzos para alcanzarle; y una vez conseguido, daban vueltas del buque al tiburón y de éste á aquel: el terrible animal los seguía, y gracias á la sagacidad de sus cómplices, distinguió la presa que se le destinaba. Aseguran que el olfato no es sentido muy desarrollado en los escualos, por lo que presté gran atención á lo que ocurrió cuando el monstruo se encontró cerca del lardo, y me pareció que no se enteró de su existencia hasta que los pilotos significativamente se lo dieron á entender: entónces nadó con velocidad, ó mejor dicho, dió un gran salto para

conseguir su objeto. Arrancó un gran trozo la primera vez sin ser cogido, pero á la segunda quedó enganchado; el anzuelo prendió en el labio, y fué trasladado á bordo despues de muerto.»

Oida la relacion precedente, los viajeros de *Fanny* no perdian de vista á los tiburones, y se colocaron resueltamente á la defensiva. Uno de ellos se aproximó y quiso saltar al *hydrostat*. Guignard le envió una bala, pero el proyectil resbaló sobre la piel del monstruo y ni siquiera le hirió. El otro se dirigió á uno de los costados de la ballena y procuró morderla. Resguardada por una de las cinchas, *Fanny* no sintió penetrar los dientes en su carne; pero al verse atacada se estremeció, y el tiburón volvió á la carga con mayor furor. Tony Hogg le aplicó algunas lanzadas en las partes que creia más débiles y á propósito. Hubo un momento de respiro: los dos escualos parecian ponerse de acuerdo para repetir el combate.

—Si tuviéramos un gancho,—dijo Guignard,—nos veríamos pronto libres de esos terribles enemigos.

—¿Y qué hariais con el gancho?—dijo Picou con voz temblorosa por el miedo.

—Un grueso y fuerte anzuelo, que cubriríamos de carne y que lanzariamos á los tiburones para cogerlos: son tan *inocentes*, que el resultado sería seguro.

—Esperad,—dijo Roberto;—vamos á ensayar un anzuelo de nuevo género.

Inmediatamente colocó una granada, unida á un hilo metálico, cubierta con el cuerpo de una pintada, y lanzó el parato al mar.

—Atencion,—dijo á miss Victoria;—preparate para producir una corriente eléctrica con la bobina de Rumkorff tan pronto como sientas una sacudida.

Un piloto se acercó á examinar la pintada, y en seguida fué en busca del tiburón. Este llegó, abrió una boca descomunal y se tragó el cadáver del pájaro. En el acto se dejó oír una detonacion; una nube de sangre enrojció el agua, y el escualo sucumbió. Durante este tiempo, el otro se precipitó de nuevo sobre *Fanny*. La ballena blandió su cola y dió un gran salto, elevándose dos ó tres piés por cima de las olas. Aquel movimiento fué tan brusco é inesperado, que los viajeros tuvieron que agarrarse instantáneamente para no caer del *hydrostat*; miss Victoria, ménos fuerte ó peor colocada, fué lanzada al mar. Un grito de terror se escapó de todos los labios. El tiburón se dirigió á la jóven; pero antes de que la hubiese alcanzado, Tarquin y el tímido Picou se lanzaron al agua. Tarquin, armado de un agudo puñal, marchó rectamente al monstruo, evitó su terrible boca, se sumergió y le clavó el cuchillo en el vientre. El animal se volvió ciego de furor contra el negro é intentó hacer presa. Picou en-

tónces agarró á miss Victoria por sus flotantes vestidos, se acercó á la ballena, que tenían parada, y depositó su preciosa carga en brazos de Máximo Montgeron y Roberto Kincardy, los que, á pesar de su valor, estaban lividos y aterrados. Tony Hogg y Guignard seguian con ansiosa mirada el terrible combate que el intrépido Tarquin sostenia con el tiburón. El animal mugia, revolviéndose feroz para coger al hombre y triturarle entre sus mandíbulas; pero éste esquivaba al enemigo, se sumergia, le heria por el flanco con su cuchillo, aparecia para respirar, volvía á zambullirse y repetia los golpes sin cesar. Esta lucha formidable duró diez minutos, pero por fin el monstruo sucumbió. El negro se colocó sobre su flotante cadáver y lanzó un grito de triunfo, incorporándose en seguida al *hydrostat*.

—Y mi ama, ¿cómo está?—preguntó.

—La habeis salvado la vida,—querido Tarquin,—dijo Máximo apretándole la mano.

Miss Victoria, repuesta del susto y natural desfallecimiento, dió gracias con efusion al negro y á Picou.

—Sin vuestro valor, sin vuestra presencia de ánimo, hubiese muerto. Habeis expuesto vuestra vida por mí y no lo olvidaré nunca.

—Ama,—dijo Tarquin besándola la mano,—mi querida ama...

El negro no pudo seguir. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas. Se espantaba del peligro que habia corrido miss Victoria: ¡él, que acababa de sostener una lucha homérica!

Pero lo más raro era que Picou, el poltron, el cobarde, el tímido Picou, se hubiese lanzado al mar y á pocos pasos de un tiburón.

Esta accion daba al traste con el concepto que de él tenían todos formado.

—Explicadnos,—le dijeron,—cómo no habeis temido arrostrar el peligro que os amenazaba.

—¿Qué quereis!—respondió simplemente,—parece que tengo valor.

Hasta Tony Hogg estaba sorprendido, y desde entonces cesó en las bromas de mal gusto con que atormentaba al benévolo criado, demostrándole afecto. En cambio, su enemistad se manifestó más fuerte y violenta contra Ambrosio Guignard; pero el francés tenia la lengua bien puesta y sabia contestar oportunamente al arponero.

Desembarazada de sus enemigos, la ballena siguió su curso hácia el Cabo. Naturalmente, se habló con frecuencia de los tiburones, y estos voraces animales fueron el objeto de la conversacion durante algun tiempo. Roberto Kincardy dió ámplios detalles sobre sus costumbres.

—El tiburón,—dijo;—es una de las plagas del mar. Inspira temor y espanto á todos los habitantes de las olas. ¡En cuántos dramas siniestros es el

héroe! ¡Cuántos naufragos, bañistas y buzos ha perseguido y devorado! Su fuerza es extraordinaria y no conoce la fatiga. Se le ha visto perseguir buques jugando y describiendo mil círculos á su alrededor. Su boca, adornada de seis filas de dientes triangulares y acerados, es de unas dimensiones enormes. Tiene la ferocidad del tigre, la ligereza del pájaro y la glotonería del cerdo. Su boca está colocada treinta ó cuarenta centímetros detrás ó por bajo del hocico, y gracias á esta disposición, el tiburón tiene que volverse para hacer presa en la víctima, y esta puede huir. Mata solo por el placer de matar. La carne es su único delirio, como lo era para los sanguinarios negros que poblaban las islas del golfo de Méjico, ó que vivían en las costas africanas. Con su *fliboat* (barco que vuela), aquellos terribles aventureros se abandonaban á los caprichos de la mar, y se arrojaban, ávidos de pillaje, sobre todo cuanto se presentaba, lo mismo sobre el inofensivo brick que se ocupaba de las necesidades comerciales, como sobre los buques de guerra. Por la noche caían de improviso en una población descuidada ó mal guardada, tal como Maracaibo, Guayaquil, etc., y se hartaban de sangre; después corrían á encerrarse en sus inaccesibles *Keys* y consumían en orgías desenfundadas el producto del botín. «No haya piedad, guerra á muerte.» Tal era su grito de guerra. Montbars, el exterminador, pasaba la hoja de su sable de abordaje cubierta de sangre por sus labios y sorbía con deleite el horrible líquido. Se asegura que los tiburones tienen marcada predilección por la carne humana, y sobre todo por la de negro: el padre Labat afirma asimismo que prefieren los ingleses á los franceses. Las pruebas de esta afirmación no son conocidas, y supongo al padre Labat más conocedor de la teología que de la historia natural de los escualos. Nada de extraño tiene que los tiburones prefieran la carne de los negros, porque los negreros, tan feroces como esos monstruosos animales, les arrojan como alimento negros cuando su cargamento es demasiado fuerte, y además les echan á los enfermos y muertos que estorban á bordo. Todo huque negrero va seguido constantemente de gran número de tiburones. El infame mercader de carne humana y los monstruos marinos se comprenden: «Impedid las evasiones, cuidado de mi buque, dice el negrero, y os alimentaré.» — «Echadnos cadáveres, echadnos cuerpos humanos, y seremos buenos guardianes, responden los escualos.» — ¡Ah, si las olas pudieran contar los lamentables episodios de que han sido impasibles testigos! ¡Qué lúgubres relaciones! ¡Qué horribles historias! A veces, el capitán negrero dice á sus dignos subordinados en los momentos de respiro que les proporcionan las calmas: «Nos aburrirnos, y los *sharks* tienen hambre; vamos á entretenernos.» Se

sacan algunos esclavos de la cala, son lanzados al agua, y los sharks se arrojan gozosos sobre la víctima, destrozándola y devorándola entre las risas de los del buque. Negreros y tiburones desaparecerán un día del mundo. La hora fatal ha sonado ya para los primeros: también sonará para los segundos, porque todo lo que vive en la tierra y en el mar los odia. En las Indias, en Noruega, en Java, en todas partes donde habitan se les persigue, se les caza y se les mata...

Después del combate sostenido contra los tiburones, el viaje no sufrió nuevo contratiempo. El 11 de Agosto *Fanny* entró en la bahía de Tabla, puerto principal de la ciudad del Cabo. Como en Honolulu y en Valparaíso, los habitantes se trasladaron en tropel á los muelles y embarcaciones para ver de cerca á la ballena y felicitar á sus domadores. El Cabo, ó, mejor dicho, Cape-Town, es una ciudad grande y magnífica, regularmente construida, que encierra edificios públicos notables, iglesias, un castillo, una Bolsa, un Jardín botánico, un Observatorio, un arsenal y bibliotecas. La población se aproxima á cuarenta mil almas. Se creía que la apertura del canal de Suez disminuiría la importancia de Cape-Town y de la colonia de que es capital, pero estos cálculos han salido fallidos. El comercio crece y toma nueva actividad, la agricultura prospera y los trabajos industriales proporcionan recursos que era preciso pedir en otro tiempo á la exportación europea. Han descubierto oro en Queenstown y en Tatin, cerca de los montes Koloben; hulla en Stomberg; diamantes en los bordes de Vaal, en Beers's-New-Rusk; y en diferentes sitios plomo, cobre y hierro. Los ingleses, esos admirables colonizadores, han sacado excelente partido de unas costas que no habían sabido aprovechar los holandeses. Hoy día tienen el monopolio comercial de toda el Africa austral, y proporciona su posesión ganado lanar, algodón, vino, azúcar, arrow-root, plumas, café etc., etc.

El gobernador de la colonia, seguido de las notabilidades inglesas é indígenas, fué á presentar sus homenajes á los atrevidos viajeros y á ofrecerles una cordial hospitalidad. Se envió á la ballena á una gran ensenada de Table-bay, no lejana del arsenal, y se la proporcionó abundante provisión de carne fresca y pescadillos. Por la noche hubo recepción de gran gala en el palacio del gobierno, y miss Victoria fué objeto de las atenciones más delicadas y corteses. El capitán Roberto Kincardy y Máximo Montgeron tuvieron que relatar los incidentes de su fabuloso viaje, y contestar á la multitud de preguntas que les hacían. Tony Hogg, Tarquin, Guignard y Picou, confortados con una excelente comida y un mejor vino de Constancia que se coge cerca del Cape-Town, y engreídos con la parte de gloria que les correspondía, decidieron visitar la ciudad. Aban-

donaron, pues, los salones del gobernador y circularon por las calles; pero Tony, el incorregible Tony, hizo frecuentes paradas en casa de todos los vendedores de brandy.

—No me gustan los cumplidos,—decía;—no puede uno beber á su gusto entre gentes de buen tono. Una fuerte mesa de una taberna es preferible á las mesas de todos los gobernadores del mundo.

—Tony,—decía Picou,—te vas á emborrachar.

Desde que Picou habia tenido conciencia de su valor, echaba al diablo su timidez pasada, y tuteaba al arponero, y éste encontraba la cosa completamente natural.

—¿Emborracharme?—replicaba,—eso se queda para alfeñiques y cobardes como Guignard, que no puede soportar un cuarto de pinta de brandy sin caer de cabeza.

—Tal vez suceda así,—replicó Guignard;—pero los cobardes como yo no temen á un valiente tonel como tú.

—¡Desgraciado! Si no me dices lástima...

—Lástima ó no, no me incomodes, ¿has oído, Tony?

—Con solo dejar caer mi mano sobre tu cabeza te deshago.

—Prueba á ver.

—Bueno. ¿Quieres boxear?

—No sé boxear; pero si me atacas, me defenderé.

—Miserable entre los miserables, ¿no conoces que la roca siempre aplasta al sapo?

—Pues bien, ven conmigo. El sitio en que nos encontramos está bastante solitario, y podemos entendernos un rato. Te demostraré que no eres tan terrible como pareces, y que tu orgullo merece una lección.

—Vamos; lo deseaba hace mucho tiempo.

Tarquin y Picou procuraron oponerse y evitar el combate; pero los dos adversarios no quisieron escuchar razon alguna: siempre sucede lo mismo en iguales casos.

Tony Hogg se afirmó sobre las piernas, arrimó sus hercúleos puños contra el pecho, y tomó la posición de un boxeador adiestrado que se prepara al ataque.

—¡Toma este!—gritó enviando un formidable puñetazo á Guignard.

Pero el frances, ágil y listo como una ardilla, se bajó, evitó el golpe, y se lanzó sobre Tony, que se puso á la defensiva.

—Allá va, en cambio, este, este y este,—decía Guignard.

Tony bramaba de rabia, no á causa del mal que le hacía, porque su adversario pegaba débilmente, sino porque no podia él tocar al frances.

—Si te cojo, te aseguro que me las pagarás,—exclamaba.

—Pero Guignard saltaba, corria, se movia, no estaba quieto un instante, y hasta se reía del arponero.

—Parece, Tony, que todavía no estoy en tierra; estúpido, ¿lo ves? nada valen tus puños; en cambio, para este golpe.

De repente se presentaron cuatro milicianos hotentotes mandados por un agente de policía.

—Se están batiendo,—gritó el agente de la autoridad;—prendedlos y llevadlos al puesto de policía.

Tarquin, Picou y Guignard se apresuraron á escapar; pero Tony, ménos listo ó aturdido por lo que le ocurría, no tuvo tiempo de huir.

Orgullosos de la captura, los hotentotes colocaron entre ellos al arponero, y le condujeron con más triunfo que si fuese un rey el prisionero.

—¿Vamos á dejar abandonado á nuestro compañero?—exclamó Guignard;—eso seria indigno de la tripulacion de la *Fanny*.

—Masa Guignard tiene razon,—dijo Tarquin.

—¿Qué es preciso hacer para librarle?—añadió Picou.

—Arrojarnos sobre esos hombres brusca y prontamente, dejarles caer y huir con Tony.

—Pero si la policía inglesa sabe que hemos atropellado á sus agentes, podemos pasarlo mal.

—¡Bah! la policía inglesa no nos conoce, y debemos partir mañana temprano. Además, jamás podrán creer que gente que se ha sentado á la mesa del gobernador es capaz de faltar á la policía.

—Pues ataquémoslos,—dijo Picou.

El criado de Montgeron se sentía tambien humillado de que en su presencia y á su vista se llevasen á un compañero.

Los tres hombres corrieron hácia la patrulla que los habia sorprendido, se ocultaron en la sombra y cayeron de improviso sobre los hotentotes, que ántes de volver de su asombro estaban tumbados en el suelo. Tony Hogg comprendió que venían en su ayuda, y empujó fuertemente al agente de policía, que fué á caer junto á una pared, aprovechando el arponero aquel momento para escaparse con sus salvadores. Los cuatro se fueron por una calle desierta y casi á oscuras; nadie les perseguía.

—¡Bien!—dijo Guignard á Tony,—te dejas coger como una liebre encamada. Si no es por nosotros, mañana hubieras tenido que comparecer ante el juez de paz, y cuando ménos, te hubiese costado una fuerte multa, sin contar con el disgusto que hubieses ocasionado al capitán Roberto.

—Soy un bruto,—exclamó Tony;—soy un borracho, y merezco la lección que me has dado, Guignard. ¿Quieres que olvidemos todo lo ocurrido?

—Con toda mi alma.

—Dame la mano.

—Con mil amores.

Y el americano y el frances se prometieron eterna amistad, con gran contentamiento de Picou y Tarquin.

—Ahora,—dijo Guignard,—somos cuatro verdaderos y buenos amigos, y hay la seguridad de que prestándonos mútua ayuda y apoyo, venceremos cuantos obstáculos puedan presentarse.

—Los cuatro mosqueteros,—añadió Picou, demostrando así sus conocimientos de literatura moderna.

A. BROWN.

(Continuará.)

ALGUNOS DE LOS ALIMENTOS MÁS USUALES.

I.

Dados á conocer en otros artículos la atmósfera y el agua, parece oportuno tratar ahora de los alimentos. ¿Qué debe entenderse por alimento, cómo se dividen y cuáles son las adulteraciones que más frecuentemente se presentan en los mismos?

Sólo la enunciación de estas ideas, desde luego manifiestan la importancia grandísima que encerrarán. En las grandes poblaciones es uno de los motivos más frecuentes de alteración en la salud pública, las cualidades perjudicialísimas de los alimentos.

En muchas ocasiones no es sólo el fraude la causa de las nocivas propiedades de un alimento: es también la alteración producida por los cambios conocidos con el nombre de fermentaciones. Son estas unas espontáneas descomposiciones que las sustancias orgánicas sufren cuando, privadas de la vida, se hallan bajo las influencias del aire, humedad, y una temperatura de veinte á treinta grados. Las fermentaciones son el origen de inmenso número de fenómenos que á toda hora tienen lugar á nuestra vista, y que no son menos interesantes por repetirse multitud de veces. En la vida misma tienen lugar gran número de fermentaciones, causas muchas de ellas de no pocas enfermedades de difícil diagnóstico y de oscuro tratamiento.

Estas descomposiciones tienen lugar por la presencia de ciertos agentes, que una vez iniciado el movimiento de descomposición en un punto de la masa, lo comunican á las demas moléculas. Estos agentes se denominan fermentos.

La mayor parte de los químicos de alguna importancia se han ocupado con detención del estudio de las fermentaciones. Así es que Lavoisier, Thenard, Berzelius, Quevenne, Dobereiner, Desmazières, Cagniard Latour, Liebig, Pasteur, Pelouce, Berthelot, Schutzemberger y otros, han dejado gratas y pro-

fundas huellas de su paso por el interesantísimo estudio de las fermentaciones.

La putrefacción de las carnes y pescados; la acidez de los vinos; lo que se conoce con el nombre vulgar de cortamiento de la leche; el cambio profundo que experimentan las frutas cuando con exceso ha trascurrido el período de la madurez; el enranciamiento de las materias grasas; todos estos fenómenos se hallan dentro del dominio de las fermentaciones, y todos ellos son asimismo causas permanentes de alteración profunda en la salud. Pero aún dentro de estas circunstancias, también la mala fe y el delito se ejercitan, tratando de ocultar el estado en que los alimentos se hallan, simulando los caracteres que presentan en su estado de perfecta aptitud para la alimentación. Por eso la administración pública no debe descansar un momento en la continua vigilancia de los establecimientos dedicados á la expendición de alimentos y bebidas. Parecerá atentatorio, hasta cierto punto, á los derechos autónomos del individuo, pero lo reclama la utilidad pública, y en estos casos (como en otros muchos) estamos por el sistema preventivo, que tan magníficos y brillantes resultados produce.

Trataremos en este artículo de tres de los alimentos y bebidas más usuales, que son el pan, la leche y el vino (1).

II.

PAN.

Alimento universal, resultado de una preparación especial que se hace experimentar á la harina de los cereales, y á cuya preparación se denomina panificación.

Sostiene las fuerzas sin aumentarlas de un modo sensible, y conviene en todas las edades y sexos, sin producir (generalmente hablando) enfermedades, á no ser que se traspasen con gran exceso los límites de la prudencia.

Consta la panificación de varias partes. Hay que comenzar por la formación de la pasta, para lo cual se mezcla la harina con agua, empleando treinta á cuarenta partes de este líquido para ciento de harina, á la cual se adiciona levadura de cerveza ó bien del mismo pan, procedente de anteriores operaciones, y una corta cantidad de sal comun. Una vez así formada la masa y perfectamente malaxada, se divide en pequeños pedazos que son los panes, se colocan en un sitio caliente para que empiece la fermentación, que es de naturaleza alcohólica, ó lo que es lo mismo, se transforma en alcohol y ácido carbónico. Después se traslada al horno, á fin de impedir que continúe la fermentación y pase á acé-

(1) El alimento puede definirse, diciendo que es toda sustancia capaz de nutrir, directa ó indirectamente.

tica. La temperatura del horno suele ser de 300 grados, y la exposicion de quince á treinta minutos.

El pan, como hemos dicho, es el mejor de los alimentos, por tener más proporcion de fécula y el glúten más plasticidad. El que tiene buenas condiciones se revela desde luégo en su aspecto físico; debe ofrecer la corteza un color amarillo dorado, sin gran número de resquebrajaduras, y la miga blanca, elástica, de estructura esponjosa, con buen olor y buen gusto.

Cuando la coccion del pan se lleva más adelante de lo que hemos dicho, se producen las galletas y bizcochos, que sirven admirablemente para la preparacion de sopas y para el transporte en los viajes terrestres ó marinos, principalmente para la alimentacion de gran número de personas, como ejércitos en campaña ó tripulaciones.

Las adulteraciones más frecuentes del pan son las harinas de otros cereales, un exceso de agua ó la adición de sustancias minerales. Se reconoce la harina de cebada, porque el glúten no forma liga; la avena contiene un principio extractivo y aromático en la cubierta, y la harina de arroz contiene mucha fécula, poco glúten y bastante materia grasa. El agua se reconoce desecando una porcion del pan á 160° por medio del baño de aceite, y examinando la pérdida de peso que experimenta, pues el agua que ordinariamente debe contener es de un 40 por 100.

Las sustancias minerales que adicionan son el sulfato cúprico, el alumbre, los carbonatos potásico, amónico y magnésico y la cal. La incineracion del pan y la investigacion en las cenizas de las referidas sustancias por los reactivos, es el medio más adecuado para resolver el problema. Adicionan el alumbre con objeto de que la harina absorba mejor el agua: se reconoce macerando en agua destilada la miga de pan por dos ó tres horas, filtrando el líquido y adicionando amoniaco, que producirá un precipitado gelatiniforme. El carbonato amónico se descubre colocando el pan por espacio de doce horas en agua destilada, y la adición de la potasa dará por resultado el desprendimiento de amoniaco.

El sulfato cúprico que emplean principalmente en Bélgica para simular una superior harina, cuya punible alteracion es tan nociva á la salud, se reconoce sin más que humedecer con un pincel impregnado en la disolucion de cianuro ferroso-potásico la miga del pan adulterado, que dejará una huella rojiza. Tambien se puede emplear el procedimiento de Kuhlman, que consiste en incinerar 200 gramos de pan, tratar la ceniza por ácido nítrico, evaporar á sequedad, añadir agua destilada y proceder á la filtracion. Despues se adiciona un exceso de amoniaco, se filtra, se acidula ligeramente con ácido nítrico y se evapora. Esta disolucion da, con el

cianuro ferroso-potásico y sulfhidrato amónico, los precipitados rojo y negro, propios de las sales cúpricas. El procedimiento que acabamos de indicar descubre mínimas cantidades de cobre, pero es preciso al emplearle no olvidarse de que hay trigos que contienen cobre, y en este caso hay que proceder á una análisis cuantitativa más detenida.

La cal, que adicionan con objeto de que no se agrie el pan, se reconoce porque la maceracion de la miga en agua convierte á este líquido en alcalino, y además en las cenizas se demuestra su presencia de un modo evidente. La adición del yeso y creta se reconoce con solo partir el pan, el cual nos presenta algunos pequeños puntos blancos, que se notan por muy corta que sea la cantidad adicionada.

III.

LECHE.

Hé aquí un líquido alimenticio cuyo generalizado uso hace necesaria la intervencion de la ciencia en el reconocimiento de sus cualidades. Las alteraciones á que se halla sujeta y las adulteraciones que con tanta frecuencia se observan en él, son causas de que sea tan interesante su estudio y formen no escaso número de volúmenes los escritos relativos á las leches.

Este líquido es una emulsion natural, cuyos componentes son, en general, caseína, grasa, azúcar, agua y sales minerales. Es alcalino, blanco, opaco y de sabor dulce, segregado por las glándulas mamarias de las hembras de los animales mamíferos. Examinado al microscopio, se ve que tiene en suspension partes sólidas llamadas glóbulos, cuyo diámetro varía entre uno y cinco milímetros. A estos glóbulos es debido el color blanco, y ellos son los que, reunidos, como más ligeros, en la parte superior, forman la crema. La materia grasa suspendida bajo la forma de glóbulos hace variar por sí sola la pesantez específica de la leche, y despues de separada por filtracion, se encuentra que la densidad de la leche filtrada no varía sensiblemente, cualquiera que sea la diferencia que presenten las mismas leches ántes de la filtracion.

La leche de vacas fresca, abandonada espontáneamente al contacto del aire, absorbe el oxígeno y desprende ácido carbónico, siendo el volumen del gas desprendido mayor que el del oxígeno absorbido.

Reune la leche todas las condiciones de un alimento completo, es decir, plástico y respiratorio: la parte nitrogenada está representada por el caseo; la manteca y el azúcar representan los alimentos no nitrogenados, y el agua y las sales las sustancias minerales indispensables para la nutricion.

Las proporciones de estos diversos cuerpos varían segun una porcion de condiciones. En primer

lugar, el régimen, y en general todas las reglas higiénicas, tienen una gran influencia en la composición de la leche. Hay algunos alimentos que la comunican su sabor, por ejemplo, las plantas crucíferas y los guisantes verdes; otros su color, como la raíz de rubia, el azafrán y algunas plantas del género indigófera; y los señores Parmentier y Deyeux han demostrado que la leche de una misma vaca ofrece diferencias marcadas en las diversas horas del día, y alguna vez bajo la influencia de los cambios atmosféricos.

Respecto á la estructura de los glóbulos de la leche, hay dos opiniones. Según unos, están rodeados de una envoltura untuosa que encierra la sustancia grasa; otros los han considerado desprovistos de cubierta y constituidos solamente por la manteca que flota en el líquido, como sucede con el aceite en las emulsiones.

El alcohol y diferentes ácidos coagulan la leche, y algunos añadidos en exceso redisuelven el precipitado primeramente formado, como tiene lugar con los ácidos acético, clorhídrico y fosfórico.

Es la leche un alimento que conviene á la mayor parte de las edades, y se aconseja en ciertas enfermedades, ya como medicamento, ya también como régimen dietético en los convalecientes.

Expuesta durante algún tiempo á la acción del aire, experimenta una profunda alteración. De un líquido neutro é insípido, se transforma en una sustancia de sabor y reacción marcadamente ácidos. Este fenómeno reconoce por causa el haber experimentado el líquido una fermentación conocida con el nombre de láctica. El azúcar se ha cambiado por la acción de un fermento, que es el caseo, en ácido láctico. Pasteur, cuya autoridad en la materia es indiscutible, admite la existencia de un fermento particular, de una levadura láctica.

La leche recibe diferentes adulteraciones, que son: agua, almidón, goma, dextrina, carbonato sódico, pulpa cerebral, emulsión de almendras y de otras varias semillas. El agua, que es la más frecuente, se reconoce por medio del lactómetro, del cremómetro y del lacto-densímetro.

El lactómetro está fundado en la opacidad que los glóbulos de grasa comunican á la leche.

El cremómetro es una probeta de 42 milímetros de diámetro y 60 centímetros de altura, y cuya capacidad es de dos decilitros. Esta probeta está dividida en medios milímetros, y lleva una escala graduada en cien centímetros, cuyo cero corresponde á la mitad del primer decilitro, y el grado cuarenta al límite de este decilitro. Para hacer el ensayo, se llena la probeta hasta el cero, y después se abandona á sí misma por espacio de veinticuatro horas. La crema se dirige á la parte superior, y debe formar en la leche pura una capa de diez milímetros.

El lacto-densímetro es un areómetro que está graduado convenientemente, y donde la leche pura debe marcar 30,8 de grado.

Las féculas se reconocen en la leche porque se colorean de azul por la acción del yodo ó del agua yodada. La emulsión de almendras ocasiona en la leche un coágulo de aspecto oleoso que mancha el papel y los dedos.

Por último, la adulteración con pulpa cerebral, repugnante hasta el extremo, pero que la facilidad de cometerla y el proporcionar á la leche las apariencias de buena calidad, son motivos para que los encargados de velar por la salud y los intereses públicos, se esfuercen en descubrir para castigar. Para hacer la investigación, se evaporan á sequedad 100 gramos de la leche sospechosa, se pulveriza el residuo y se trata por éter concentrado para aislar la sustancia grasa. Medio gramo de esta grasa se calcina en una capsulita de porcelana, y el residuo, en contacto con agua destilada, enrojecerá el papel de tornasol, debido al ácido metafosfórico formado á expensas de la combustión de la grasa fosforada del cerebro.

IV.

VINO.

Es el producto de la fermentación del mosto ó zumo de la uva en estado de madurez. Recien extraído es azucarado, pero pronto pierde su sabor para adquirir otro distinto, que es lo que se denomina alcohólico. Necesariamente la calidad de la uva ha de influir en la del vino, y la elaboración de este líquido consta de varias operaciones, que son: la vendimia ó recolección de la uva, el despalillado ó separación del escobajo, la extracción del zumo, la fermentación tumultuosa, el trasiego y la fermentación lenta.

La vendimia debe hacerse, siempre que sea posible, en tiempo seco, y es, por consiguiente, condición indispensable en la buena calidad del vino la madurez completa de la uva.

El despalillado consiste en la separación de los pedúnculos, lo cual es necesario para evitar que los vinos resulten astringentes.

La extracción del zumo se hace por expresión de la uva, que debe practicarse de un modo perfecto, porque de otro modo no se verifica bien la fermentación.

Existen en el zumo de este fruto, entre otros principios: glucosa, fécula, glúten, albúmina, agua, materia colorante azul y varias sales. El vino varía algún tanto de esta composición, puesto que contiene agua, alcohol, azúcar que no ha fermentado, ácido acético; materia colorante y éter pelargónico, que es, entre otros, el que le da el aroma llamado por los franceses *bouquet*.

Los vinos se clasifican, según su color, en blancos y tintos. También se dividen en dulces y secos, según contengan ó nó azúcar sobrante de la fermentación; y en espumosos ó no espumosos, en atención á contener más ó menos cantidad de ácido carbónico que el que puedan disolver.

Los vinos se clarifican adicionándoles la albúmina ó una disolución de gelatina.

Con relación á su color, se clasifican en tintos y blancos; con arreglo á la cantidad de ácido carbónico, en espumosos y no espumosos; por la proporción de azúcar, en dulces y secos.

También sufre el vino alteraciones, y es objeto de frecuentes falsificaciones. Su mala conservación, y la adición de diferentes sustancias, ya minerales, ya orgánicas, es lo que constituye las sofisticaciones del vino.

Para determinar la cantidad de alcohol que existe en los vinos, se emplea el procedimiento de Gay Lussac, ó sea la destilación de un volumen dado de vino en un pequeño alambique, cuya operación nos dará el alcohol, y, por consiguiente, la riqueza del vino en este líquido. Este procedimiento se halla ventajosamente modificado por Salleron.

La evaporación del vino hasta sequedad nos dará á conocer las sustancias fijas adicionadas, que se distinguen por sus reactivos especiales.

Una de las circunstancias que más influyen en el aroma de los vinos, es la edad, que se halla en razón directa del mismo, así como también el esmero en su preparación y conservación.

Sus efectos en la economía no son puramente locales del estómago, sino que rápidamente irradia á todos los órganos, sobre todo al cerebro, cuya excitación produce hasta dár, por resultado cuando se ingiere en exceso, á la perturbación de las facultades intelectuales.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

EL DIA DE MODA.

La moda es reina absoluta; lo avasalla todo, absorbe todos los derechos; para ella no hay costumbres, ni tradiciones, ni hábitos adquiridos. Dicta sus órdenes desde trono ignorado, á distancia remota; se parece á Dios, porque está en todas partes é inspira temor sin darse á conocer. Como á la Providencia, se la conoce de oídas; pero ¿qué importa, si en diciendo ella lo hay que hacer, se hace?

Ella nos puso sobre la cabeza estos tubos de chimenea que se llaman sombreros de copa; ella nos manda llevar hoy el gaban largo, mañana corto, tan

pronto con mangas anchas frailunas como con mangas de bala forzada...

Pero mientras la moda solo se extendía á los trajes y sus leyes eran indumentarias, pase. Lo peor del caso es que la moda, apoderándose de todo, ha invadido el terreno del arte, el de la ciencia: está en moda el extracto de Liebig y la deliciosa Revalenta arábica; está en moda *el género* en la pintura; está en moda el realismo en la escena, y hasta la manera de oír las comedias se ha sujetado al capricho de la veleidosa deidad. Para oír una comedia con arreglo al reglamento del buen tono, hay que oírla en un día determinado de la semana; los demás días no son *de moda*; la persona á quien le guste un drama en viernes, es *cursi*, si aquel viernes, por ejemplo, no es el día de moda en el teatro donde la comedia se ejecuta.

«La señora de K... se queda en casa los lunes,» dicen sus amigos; y van á verla el lunes sin falta porque es *el día de moda* de la señora. Santo y bueno que la señora de K... resuelva no tener más que una molestia cada siete días, ó no proporcionarla, según los casos y las cosas; pero ¿qué utilidad puede reportar una empresa, de que el público acuda *como un solo hombre* un solo día de la semana?

—No, no es la empresa, me dice un empresario al oído; es el público el que ha inventado eso. Y eso no es moda, es economía.

¡Economía! ¡Yá! Antes las familias iban al teatro dos veces por semana, lo cual, efectivamente, salía más caro...

Aquí me interrumpe un espectador para hacer una declaración terrible.

—No vamos más que un día á la semana, dice, porque para ver malas comedias hechas por malos cómicos, bastan cuatro *tomas* al mes.

Vuelvo á meditar sobre esta razón, que sería poderosa si una señora que no recibe ni los lunes ni los martes, ni los domingos, no me dijera con adorable franqueza:

—La verdad es que vamos el día de moda al teatro, no por el teatro, ni por la comedia, ni por el autor, ni por los actores, sino porque se convierte el teatro en una *soirée* donde reina la más completa independencia. Allí nos vemos todos y todas. Se luce el traje, se mira al novio, se habla de política, se cuenta lo que pasa; y consta que somos de los que pueden gastarse cuatro duros en una butaca.

Declaro que después de oír directa ó indirectamente todas estas razones, no sé por qué hay día de moda.

Pero le hay; esto es indudable. Los lunes en la Comedia; el primer turno del Teatro Real; los viernes de Variedades; los martes de Apolo...

Meditemos. El empresario aquel se equivoca. Asegura que el día de moda es una economía;

pero en el momento en que la buena sociedad va todos los días al teatro ya no hay tal cosa. Yo bien sé lo que es. *La buena sociedad* quisiera ir todas noches á todas partes, porque en Madrid existe la monomanía de la diversion; en la imposibilidad de divertirse en *globo*, necesita repartir la semana; y como la buena sociedad en Madrid es un cuerpo, un instituto, un coro que tiene que ir siempre en corporación á las diversiones, ha hecho de las diversiones moda inevitable.

No hay que dudarle: eso que llamamos en Madrid *la gente conocida*, ó á veces *todo Madrid*, ó *la brillante concurrencia*, etc., etc., se compone de individuos de ambos sexos que no se divierten si no están juntos.

El Español *de posibles*, como dice el vulgo, no es feliz en París, ni en Londres, ni en Viena. A los dos meses de permanencia en una gran capital, se aburre, se desespera y se vuelve á su Madrid... Pero no es la *nostalgia* en toda su pureza la que le trae; es que allí no le conoce nadie, no repara nadie en su traje nuevo, ni en su coche flamante, ni en el abono del teatro, ni nadie le saluda, y se le pasan cuatro ó seis días sin encontrar á un conocido que diga:—Abí va Fulano, conde ó marqués, ó banquero, bien acomodado ó bien vestido.—La sociedad de Madrid es una botica. Cada frasco debe llevar en letras muy gordas el nombre del contenido.

Si vais por las tardes á la Castellana, vereis siempre las mismas personas en los mismos coches, los mismos jinetes en los mismos caballos: esas mismas personas son las que estarán de fijo por la noche en el Teatro Real (primer turno), ó en el Circo (lunes), ó en Apolo (martes), etc., etc. Esas personas son las que constituyen *la gente conocida*. El público pasea en el Prado, en el Retiro, en la Montaña; va en una misma noche al Circo, al Español, á la Zarzuela, á Variedades, á Eslava, á Capellanes, á la Plaza de la Paja ó á la de la Cebada. Para ese público no hay lunes, ni martes, ni miércoles preferido; para ese público no existe día de moda, porque va al teatro á divertirse ó á olvidar sus penas. El día de moda es, pues, una necesidad personal de las mil personas que no pueden gastar sin que lo sepan sus parientes y amigos, que no pueden estrenar un traje sin que lo celebren ó envidien sus relaciones, que no pueden amar sin que la gente se entere, y que no pueden ser novios, amantes ó casados sin poner á disposición de su círculo sus afecciones, sus amores, sus guiños, sus sonrisas, sus brillantes, sus flores, sus blondas, sus pieles, sus manos, sus pies, sus brazos, sus hombros, sus bocas, sus ojos, y todo lo que con, en, por, sobre ó para ellas se hace en este pícaro y deshonesto mundo, tan defectuoso como cosa hecha en siete días según una frase célebre:

Ahora, con el permiso de todo el que tenga la impertinencia de darse por aludido, examinemos el teatro en el día de moda.

Tended la vista en derredor uno de esos días en que la pícara vanidad nos reúne en la sala de un teatro á todos los que voluntaria ó *forzosamente* (por que no hay fuerza motriz superior al amor propio) nos lleva á figurar entre la *gente conocida*, y notad conmigo un triste fenómeno económico, cuya sola observacion puede captar al cronista la enemistad de muchas gentes.

En un palco la duquesa de ***, cuya colosal fortuna conocemos todos; en otro el banquero ***, cuyos innumerables millones son una verdad confirmada; en otro un propietario acaudalado; en el de más allá un grande de España de los que aún no han perdido ó malgastado sus rentas; aquí un exministro á quien nadie negará su breve enriquecimiento: todos esos pueden haber gastado durante toda la semana diez veces más de lo que representa su palco, su coche, su vestido.

Pero fijémonos en los palcos de enfrente, en las butacas donde están mezclados *pêle mêle* los astros y los satélites, los soles y las estrellas, la luz y el reflejo. ¿Quién puede explicarse que al lado del banquero, enfrente del opulento duque, detrás del propietario y delante del usurero figuren con idénticos trajes, en iguales asientos, con el mismo satisfecho semblante, el modesto empleado de diez mil reales, la viuda sin pension, el artista sin fortuna, el teniente de reemplazo, las hijas del cesante, la esposa del auxiliar, el vago de oficio y el pollo sin carrera?

Y no hay que dudarle: la misma modista hizo el traje para la duquesa y para la *comandanta*; el mismo sastre viste al banquero y al auxiliar de la direccion; de la misma tela es la falda de la gran señora y de la alegre viuda. Todos han tomado las camisas de casa de Escribano, el frac de la de Caracuel, los guantes de la de Arroyo, las botas de la de Cayatte, el sombrero de la de Aimable. Madama Honorine trabaja sin descanso día y noche para todas estas elegantísimas mujeres. La igualdad ante la renta es asombrosa en los países en que no se paga. Pues bien: declarémoslo con franqueza: al solo anuncio del día de moda, del turno brillante, todo el mundo quiere ser *buena sociedad*.

A medida que progresa la democracia, todo el mundo se viste de frac y se codea con el duque; conforme va desapareciendo el privilegio y el tratamiento, se multiplican los grandes señores. La verdad es que cuando los palcos régios estaban vacíos, cada palco parecía un trono. Somos muy democráticos, pero desdichado del cronista que se olvide de nombrar á la señora progresista ó al miliciano con excelencia. ¡La guerra nos devora, las contri-

buciones nos arruinan, los donativos para los heridos no se acabarán nunca! ¡El cupon no se paga! ¡La Bolsa baja! ¡La cosecha se pierde! ¡Los madrileños no tienen razon, mejor dicho, la han perdido! ¡Pues hay más que acudir al *dia de moda* para convencerse de que cada uno es tan rico como el acreedor permite? Y ese dia de moda es Madrid retratado en grupo fotográfico, porque en cuanto Madrid se entera de que hay un dia en que la gente que va al teatro es *distinguida*, y de que tal vez el nombre del concurrente saldrá en letras de molde, no hay remedio, todos, grandes y chicos, altos y bajos, pobres y ricos, nobles y plebeyos *necesitan competir* en rumbo y en *posibilidad*, porque el *dia de moda* es el resúmen de la inmoralidad presente y de la ruina total futura. Es la soberbia de los grandes luchando en las postrimerias de una nacion con la envidia de los pequeños.

EUSEBIO BLASCO.

MISCELÁNEA.

Las pirámides de Egipto.

Un viaje á las pirámides es ciertamente en la vida de un hombre un acontecimiento tan notable, que difícilmente puede ser superado por otro en los sentimientos que produce y en las emociones que causa. Aquellos inmensos monumentos que descansan sobre una área de medio millon de piés cuadrados, y que tienen hasta sesenta piés más de altura que la torre de la catedral de San Pablo, en Londres, no pueden ménos de despertar en el hombre civilizado un tropel de emociones insólitas y fuertes. Añádese, además, á sus dimensiones titánicas, las sepulturas que llevan en su seno, sepulturas gloriosas de reyes, conservados por un secreto indecifrible y que aumentan con sus lúgubres presencias la majestad del monumento. Nada hay, en verdad, de más imponente y admirable, y aunque más pigmeas comparadas con las pirámides de Dios, con los Alpes, la mano audaz del hombre no ha podido elevar más la cima de cualquiera otro edificio. Todos las admiran. El peregrino que se acerca á su base, se siente al instante sobrecogido de una ciega admiracion, cuando fija su vista en esas montañas, misteriosas como el gran Esfinge, y que parecen ser la idea de Dios con las formas de los ciclopes. Abraham, José, Moisés, el Exodo, el Egipto de los Faraones, de los Tolomeos, de los sarracenos, de los turcos, todo acude en tropel á la memoria, toda la historia se desenvuelve al calor de un tan magnífico recuerdo, y nadie se dispensa de repetir allí la frase elocuente con que el gran Bonaparte

encendió el valor de sus legiones: «¡Soldados, de la altura de esas pirámides cuarenta siglos os contemplan!»

La más notable y á la vez la más noble y curiosa de todas, es la gran pirámide de Cheops, y despues la de Cephreu. Segun Herodoto, que no es sino el eco de la tradicion, los egipcios emplearon á la vez cerca de 370.000 hombres para construir la gran pirámide, y el coste solo del alimento de los obreros ascendió á 1.000.000 de pesos. Sin embargo, como la mejor y más severa investigacion histórica puede tal vez notar en esta relacion de Herodoto algunas inexactitudes, es de temerse que el historiador de Grecia haya incurrido en alguna exageracion. Lo que la gran pirámide fué en su origen, respecto de su forma y sus adornos, es difícil determinarlo hoy, porque el vandalismo de los griegos, de los romanos, y sobre todo, de los sarracenos, la ha despojado de sus pulidos adornos de granito. Asimismo, el colosal Esfinge, esculpido en la base de la pirámide, no es sino una ruina elocuente de lo que fué, cuando entre sus patas de leon, de cincuenta piés de largo, se elevaban sacrificios á la divinidad. No obstante esto, tanto y tan majestuoso es su aspecto, que aún causa gran impresion verle en reposo contemplando las márgenes del Nilo y la inmensidad del desierto, como símbolo de la soberania, de la fuerza y de la inteligencia. Segun algunos eruditos anticuarios, este titánico Esfinge no es otra cosa que la representacion del dios Horo, hijo de Isis y Osiris, y que con objeto de vengar la muerte de Osiris, dando muerte al enemigo Tifon, asumió la forma del monarca de las fieras con cabeza de hombre. Los árabes llaman el Esfinge *Abou-el-hol*, Padre del terror ó de la inmensidad. Recuérdanos el Esfinge siempre aquellos misterios de la eternidad: «Ó moriremos nosotros, ó Islam se marchitará; pero siempre esa roca que no duerme vigilará las obras de otra ocupada y nueva raza, con los mismos ojos tristes y con el mismo sempiterno reposo. Tú no osarás burlarte del Esfinge.»

Volvamos á la pirámide. Ascendiendo á la elevada cima, deléitase la vista en el panorama que se ofrece al viajero. El gran desierto se desenvuelve á nuestros piés y se pierde entre las nieblas de un horizonte gris, y el contraste que con su monótona aridez forman las florestas fértiles del Nilo, es de lo más bello que puede uno imaginarse. Además, se divisa desde la altura de la pirámide un paisaje que no tiene rival. Aquí corre mansamente el majestuoso rio; allí se ven las graves palmeras, y más léjos, la ciudad del Cairo con su fortaleza, sus palacios y sus mezquitas. Pasando ahora de la cúspide de la pirámide al centro, se vuelve uno espectador de otra escena que, aunque de distinto género á la anterior, no es ménos sorprendente y solemne.

Aquí, lo que impone al ánimo estupefacto es el misterio de la muerte y la eternidad. Piazzi Smith, el célebre egiptólogo, ha notado en el interior de este real mausoleo tal y tan justa simetría, que, según él, sólo un gran adelanto en las ciencias geométrica y astronómica pueden producirla, y cree el mismo autor que el designio de las pirámides fué la revelación divina. En esto, sin embargo, difiere el ilustre egiptólogo de todos sus colegas, quienes las creen destinadas á ser sepulturas de reyes y príncipes, y apoyan esta aseveración en el hecho de encontrarse toda pirámide situada en un necrópole y de ser sus apariencias las de los depósitos de momias, sin ventanas, sin puertas y sin apertura externa alguna. Una observación oportuna y juiciosa de Marietta Bay, la presente superintendente de las antigüedades egipcias, prueba de un modo concluyente que tampoco fueron las pirámides destinadas al estudio de la astronomía. «El hecho, dice Marietta Bay, de que sólo una de las pirámides tiene cuartos accesibles para observaciones astronómicas, prueba sin disputa alguna que este no fué el objeto á que en su origen fueron destinadas las pirámides. ¿Y será justo creer que su objeto fué la idolatría? La ausencia completa de vestigios idólatras en las pirámides, demuestra hasta la convicción que en Egipto existió el monoteísmo, y aunque es verdad que se conocía el Esfinge, está ya fuera de toda duda que este existía mucho antes de la construcción de la pirámide.»

Como todos los edificios de Egipto, las pirámides deben su principal interés á sus dimensiones colosales, á su edad y al lugar pintoresco en que están situadas. El arte no preside á ninguna de sus obras. Las ruinas de sus templos, de sus tumbas y de sus palacios, embargan la atención, tanto por el tamaño ciclope de sus dimensiones, como por el trabajo que la trasportación de esas inmensas piedras debió haber costado; pero todos los edificios están vedados de gracia ú ornato artístico y harto desfigurados por los signos toscos de la más baja idolatría. El ánimo vacila entre un sentimiento de admiración que despiertan sus formas gigantescas y otro de desprecio para el pueblo que profanaba sus obras con los cultos del paganismo. Ranas, gatos y cocodrilos, tales eran sus dioses; y si en una tumba sublime encerraban los restos mortales de sus monarcas, también al lado levantaban otra no menos notable á su toro *Sakara*. Es de creerse también que en tiempos de la construcción de las pirámides, el más absoluto despotismo y la más servil esclavitud reinaba en Egipto. El rey y el sacerdote manejaban al pueblo cual si fuera una manada de mansos corderos. Era el hogar de la servidumbre, como dice la Biblia hablando del Egipto en tiempos de Moisés.

Difícil es y quizás hasta imposible descifrar el mis-

terio de la antigüedad y descubrir la fecha exacta en que se construyeron las pirámides, y el nombre que les dieron los egipcios. Sábese solamente que esta costumbre de elevar pirámides sobre las sepulturas de los reyes no duró sino hasta el año 2.000 antes de Jesucristo. Exceptuando algunas muy raras y pequeñas que se levantaron en Tébas, ni una sola pirámide ha sido construida en Egipto después de esa época; pero, en cambio, 700 años antes de Jesucristo, se introdujo esta costumbre en Etiopía, y aún pueden verse en la isla de Meroe, y en los cementerios inmensos de Barkal, formas de pirámides, no solamente reservadas á la tumba de los reyes, sino á las sepulturas de todo habitante de aquellas comarcas. Es de creerse, según las investigaciones de todos los egiptólogos antiguos y modernos, que las principales pirámides de Egipto fueron levantadas entre los años 3.500 y 2.100 antes de la era cristiana. Las de Abou Roasch, de Ghizeh, de Abousir, de Sahkara y de Dashcour fueron destinadas á las dinastías de Memphis. Las más antiguas, las de Dahscour, á la tercera dinastía; las más grandes, que son las de Ghizeh, á la cuarta; á la duodécima la de las cercanías de Fayoum, y el resto á las demás dinastías. Cosa rara que Homero no haga mención de ellas, ni aún la Biblia, que solo en el libro de Job habla de un *charaboth*, palabra hebrea que significa «sepulcro elevado» ó pirámide, de *pirami*, altura.

Cualesquiera que sean en la actualidad la degradación y el atraso del moderno Egipto, el estudio bíblico encontrará siempre en sus pirámides y en sus ruinas una fuente inagotable de instrucción y de recreo. En las márgenes del Nilo es donde pueden leerse con ventaja los libros de Moisés, del gran profeta que allí encontró su cuna y sus altares, y siempre visitará el estudiante con interés la tierra antigua donde Dios escogió á su Hijo y que tantos servicios ha prestado al cristianismo con la sabiduría de Orígenes, el más profundo escritor de la Iglesia, y por la influencia de la ortodoxia de Atanasio. ¡Ojalá que la Iglesia disipe las tinieblas de la tierra del Nilo!

La beldad en la vejez.

La historia está llena de relaciones acerca de mujeres fascinadoras cuando ya habían cesado de ser jóvenes. Entre otras muchas, pudiéramos citar el caso de Helena, esposa de Menelao, que pasaba de los cuarenta años de edad cuando cometió el escándalo de fugarse con París, y fué causa de la famosa guerra de Troya. Y como esta duró diez años, no podía ella ser joven cuando el amante se la devolvió al marido, quien se dice la recibió lleno de gratitud y abrasado de amor por su infiel mitad.

Pericles se casó con Aspasia cuando esa cortesana contaba treinta y seis años de edad; y se afirma que por otros treinta ó más mantuvo alto el cetro de su belleza peregrina. Cleopatra tenía treinta años cuando Antonio, el vengador de César, se rindió á sus piés, perdidamente enamorado de sus encantos; durante su amor por ella mientras le duró la vida, es decir, diez años despues de haberla visto por la primera vez. Livia tenía treinta y tres cuando conquistó el amor de Augusto, sobre el que mantuvo un dominio sin igual hasta su muerte.

Pero si volvemos los ojos á los hechos más modernos de la historia en que es posible verificar las fechas con mayor exactitud, encontraremos el extraordinario de Mad. Poitiers, quien contaba treinta y seis años de edad cuando arrebató el corazón de Enrique II de Francia, entónces duque de Orleans, y justamente diez y seis años menor que ella. Hasta la muerte de éste y ascension al trono de Catalina de Médicis, se consideró la Poitiers como la primer mujer de la corte y la más hermosa de su tiempo. Contaba Ana de Austria treinta y ocho años de edad, cuando los escritores contemporáneos se unían para pintarla como la reina más hermosa de Europa, siendo admiradores celosos de ella personajes de no menor cuantía que Buckingham y el cardenal Richelieu. La Ninan de Lenclos, célebre por su beldad y su chiste, fué el ídolo de tres generaciones de la juventud más granada de la Francia, y tenía setenta y dos años cuando se enamoró de ella el abad Berais. Verdad es que en el caso de esta señora concurría la más rara combinación de cultura, talentos y atractivos personales, que parecían haberla revestido con el don de la eterna juventud.

Blanca Capello había cumplido los treinta y ocho años de su edad cuando cayó cautivo de sus encantos el gran Francisco de Florencia y se casó con ella, no obstante que le llevaba cinco años. Luis XIV, asimismo, se casó con Mad. de Maintenon cuando ésta contaba cuarenta y tres años de edad. Tenía Catalina II treinta y tres años cuando se apoderó del trono de Rusia y ganó el corazón del bizarro general Orloff. Hasta la hora de su muerte, á los sesenta y siete de su edad, parece cierto que ella conservó los encantos que hicieron eterno su reinado sobre los corazones de los hombres más célebres de su tiempo y cuya pérdida lamentaron sinceramente todos cuantos la conocieron y trataron. La señorita Mars, famosa trágica francesa, no llegó al apogeo de su belleza y poder sobre los contemporáneos hasta los cuarenta ó cuarenta y cinco años de edad. Por ese tiempo eran objeto de elogio y de admiración generales lo bien torneado de sus brazos, y sobre todo la linda estructura de sus manos. Cuando Barras fué lanzado del poder, tenía la célebre madama Recamier treinta y ocho años de edad, y por con-

sentimiento general de Europa era la mujer más hermosa que existía entónces, concepto en que se la tuvo por quince años adelante.

La flauta primitiva.

Ateneo, en el Geipnosofista, hablando de la flauta hecha del hueso de la canilla del cabrito, asegura que fué invención de tebanos de Grecia, y que la elefantina, ó de marfil, la taladraron los fenicios. Segun los clásicos griegos, tambien se hicieron flautas de huesos de asno, que se dice son muy sólidos, y poseen cualidades especiales para dar tonos llenos y melodiosos.

El doctor Schliemann, en sus excavaciones en Hissarlik en busca de las ruinas de Troya, descubrió una flauta de hueso ricamente ornamentada. Segun se afirma, las flautas de los araucanos, al extremo meridional de la América, estaban hechas de los huesos del antebrazo y de la pierna de los prisioneros ofrecidos en holocausto á sus dioses. Los indios caribes de las islas y del continente americano empleaban al principio huesos humanos, y en el dia los de jaguar, para esos instrumentos. Tienen los suyos tres agujeros, y, como la flauta de bambú de los indios de Guayana, se toca soplando contra la orilla del agujero principal.

En el museo nacional de Washington existe una flauta de Guayana hecha del hueso del muslo de un tigre americano. Los indios Uapé del Brasil hacen pífanos y flautas de carrizos y de huesos de venado; habiendo visto Wallace un silbato hecho del hueso de la cabeza de dicho animal. De esa misma sustancia son los flajolés del Brasil, compuestos, por término medio, de 2 huesos de 12 pulgadas de largo y tres octavos de pulgada de calibre, unidos con hilos exquisitamente tejidos y formando obra graciosa. Detras de la parte inferior del instrumento están abiertos los agujeros para los dedos. La boquilla para soplar está formada de un cono de cemento resinoso, cuyo camelon se va elevando hasta el centro del tubo.

Los silbatos de los kafir se hacen de hueso ó de marfil, y se tocan soplando á la manera que se silba con el hueso de una llave, mientras se sujeta el instrumento al borde del labio inferior. Las flautas de los Mahoris se hacen de los huesos del muslo humano, prefiriéndose el del enemigo. Dos especies de caramillos antiguos peruanos de hueso, tenían cinco agujeros para los dedos, y otro, de hueso humano, cuatro.